
OJOS DE MAR
Manuel Sánchez

Ojos de mar

Manuel Sánchez

© Manuel Sánchez, 2025
Todos los derechos reservados
Depósito legal: AB 423-2025
ISBN: 979-8282093179
www.manuelsanchezescritor.com

A las sombras de los perdedores.

«Hay quien cruza el bosque y sólo ve leña
para el fuego».
León Tolstói

«Creo que el diablo no existe, pero el hombre lo ha creado, lo
ha creado a su imagen y semejanza».
Fyodor Dostoyevsky

I

Moscú, Rusia
Enero 2025 d. C.

A través del ventanal de la cafetería, observo con resignación cómo los copos de nieve se amontonan sobre la alfombra helada que cubre de blanco las calles moscovitas. Aquí, dentro del local, al calor de una estufa de gas, mojo los labios y bebo un sorbo de vodka con desasosiego; quema la garganta mientras siento cómo desciende, lacera el pecho y alcanza lentamente el fondo del estómago. No ceso de preguntarme qué me trajo a esta ciudad, tan lejana de mi hogar, donde el sol acaricia las aguas del Mediterráneo y no la nieve en el asfalto.

Es una tarde invernal grisácea, inhóspita por el frío y el ulular del viento. Apenas hay tráfico en las calles; sombras esquimales deambulan por las aceras, como si la gente se desvaneciera en la ventisca. Chasqueo los dientes y ladeo la cabeza, negando lo que la conciencia aviva con un aguijón, espoleándome desde hace meses. Es como si un oso cavernario hubiera despertado de su letargo: una llamada latente, olvidada durante veinticinco años, que enciende en mí una hoguera imposible de contener. Necesito respuestas. Probablemente este viaje no tenga sentido; ha pasado una eternidad desde que ella nos abandonó.

«Ella, Katya, mi madre».

No recuerdo con nitidez su rostro; solo quedan retazos en mi memoria. Yo era un niño. Dicen que ocurrió cuando tenía diez años. Si cierro los ojos, puedo evocar sensaciones: el calor de sus abrazos, el susurro melódico de su voz mientras, cada noche, narraba cuentos infantiles rusos junto a mi cama.

Nunca comprendí qué sucedió. No se despidió. Mi padre, parco en palabras, un día me informó de que ella se había marchado. Ella,

su esposa. Mi madre. La mujer rubia de rostro redondo como una hogaza de pan. Aquellos ojos verde mar que con manos tibias me arropaban al caer el sol. Recuerdo las palabras de mi padre, entrecortadas, casi ininteligibles. Ella había zarpado en un viaje sin retorno, engañada por un amante que, tiempo después, acabaría con su vida. Qué ironía. Un amor tan frágil como la hojarasca reseca, cuarteada sobre la dureza de la tierra.

Mi progenitor afirmaba que la de mi madre fue una vida estrangulada por el deseo. Y, sin embargo, no me resigno. Necesito respuestas. He esperado demasiado tiempo en la oscuridad. Tengo miedo de conocer la verdad, de confirmar lo que el pensamiento martillea en mi cabeza una y otra vez. Pero, aun así, quiero que esa sentencia provenga de la única persona que realmente la conoció. El único ser humano que estuvo lo bastante ligado a ella como para revelarme ese interior oculto que no soy capaz de vislumbrar. Por eso estoy aquí, en esta ciudad de nieve. Persiguiendo una quimera.

—¿Le sirvo otro vodka, amigo? La tormenta no amainará en un buen rato.

El camarero rellena mi vaso sin esperar respuesta. Estamos solos en este garito. Es un hombre enjuto, de elevada estatura, con barba grisácea y sucia, y cabellos ralos pegados a las sienes. Sus ojos hundidos se clavan en los míos con desdén. Sin embargo, cuando levanta la vista, su atención se centra en un ejemplar de *El País*, el mismo que me entregaron en el avión y que ahora reposa sobre la mesa, aún marcado en la esquina por una tarjeta de embarque. Me incomoda recordar que ahí, en letras mayúsculas, aparece mi nombre: Iván Morales.

El barman se muerde el labio. En su semblante asoman, una tras otra, la sorpresa, la duda y, finalmente, la ansiedad de la curiosidad. Un impulso lo arrastra a un acto inconcebible en un ruso: hablar con un extraño.

—¿Es usted español?

El estupor se dibuja en su rostro. Sonrío para mis adentros. Mis rasgos asiáticos, herencia de un padre de ascendencia filipina, confundirían a cualquiera. No se parecen en nada a los de un nativo de la península ibérica. Ni siquiera mis ojos verde mar, legado

materno, delatarían el menor parentesco con los hijos de la piel de toro.

—Sí, lo soy.

El camarero traga saliva. Sus iris vuelan intrigados entre mi rostro y la portada del periódico.

—Yo trabajé varios años en España. Un país maravilloso. Estuve primero en Barcelona y luego en Madrid. En un restaurante ruso junto a la Plaza de la Paja, en el barrio de los Austrias. ¿Lo conoce?

Asiento con satisfacción.

—Sí, es un buen sitio. Un clásico de la zona. Se come bien.

Su expresión se ilumina con deleite. Por un instante, esos ojos hundidos parecen despertar ante un vínculo inesperado.

—Me alegro. Fueron buenos años. Añoro aquellos días. La gente es tan diferente a la de aquí, en Rusia…

Percibo un matiz amargo en su voz. Su mirada vuelve a los titulares del periódico.

—¿Me permite el diario? Hace tanto tiempo que no leo en español.

—Por supuesto, quédese con él. Ya lo he terminado y será un placer.

El camarero toma el ejemplar con fingida seriedad, aunque el nerviosismo y la fascinación en sus ojos lo traicionan. En realidad, está tan embelesado como si hubiera encontrado un tesoro enterrado en una isla caribeña.

—¿Puedo preguntarle por qué regresó?

Su respuesta se limita a un encogimiento de hombros, incómodo ante la pregunta. Los lugareños, a diferencia de los españoles, no son dados a las confesiones ante extraños.

Ante la evasiva, me sondea de nuevo.

—¿Se quedará mucho tiempo en Moscú?

Titubeo antes de responder. Su curiosidad me recuerda a la clásica indagación de los agentes camuflados de la KGB en las películas. Desvío la mirada hacia la calle. La tormenta ha cesado; la vida retorna poco a poco a las aceras.

—Unos días. Soy médico cirujano. He venido a un congreso internacional.

Él asiente con un gesto amable y hojea las páginas del periódico hasta detenerse, entusiasmado, en la sección de deportes. El resultado del clásico entre el Real Madrid y el Barcelona captura su atención, y por unos segundos el silencio reina en el local.

Luego carraspea y sonríe, dejando ver unos dientes estropeados por la nicotina y el café.

—Aunque su acento es intenso, habla usted ruso con bastante corrección para ser extranjero.

—Mi madre era rusa. Lo aprendí de niño, aunque hacía tiempo que no lo practicaba.

Una risa estruendosa inunda la sala. Mi anfitrión eleva la botella de vodka en el aire, como si blandiera un trofeo.

—No hay mujeres en el mundo como las hijas de la madre Rusia. ¿Verdad?

Levanto mi vaso y asiento con un ademán afirmativo.

—Sí, es cierto. Al menos, eso dicen en todas partes.

Sus ojos centellean de nuevo, como si con mi respuesta hubiera descubierto el Santo Grial. Con el periódico bajo el brazo, el camarero se aleja ufano tras la barra.

Las calles parecen transitables. Me calzo de nuevo la ropa de abrigo, que más bien emula un traje polar, y me despido de él. Ha llegado la hora de enfrentarme a la verdadera razón por la que estoy aquí.

II

Bayantal, base militar de la *CCCP* en Mongolia
Abril 1979 d. C.

En aquella época, yo era una niña de diez años que escuchaba fascinada las historias de mi padre sobre el poder de la *CCCP*. Sus narraciones acerca de nuestro vasto imperio comunista, especialmente sobre cómo habíamos logrado el hito de lanzar al primer ser humano al espacio exterior en una cápsula alrededor de la Tierra, conseguían que me temblaran las piernas. Papá repetía una y otra vez la trascendencia de la igualdad entre los trabajadores, el miedo que nos profesaba el Tío Sam, nuestro enconado enemigo, y la inmensidad de nuestros territorios, que se extendían desde el corazón de Europa hasta el mar de Japón. Sus palabras me enorgullecían el corazón. A diferencia de Anastasia Aleksándrovna, mi hermana gemela, sujeta a las faldas de nuestra madre, yo perseguía a mi padre. Enterraba mi nariz en su cazadora, inhalando el aroma del cuero, ansiosa de que pudiera deslizarme dentro de una de las cabinas del MiG-21 que pilotaba.

—¿Tienes miedo a volar, Katya?

—¿Miedo, papá? Los rusos no tememos a nada.

—¿Dispuesta a surcar los cielos, pequeña?

—Síííí.

Los cuatro vivíamos en una base militar en Mongolia, a donde mi padre había sido destinado dos años antes de nuestra llegada. Era una de las muchas instalaciones que la *CCCP* había levantado en el país vecino ante la amenaza de una invasión de los chinos desde la estepa mongola, fuera del control de nuestro imperio rojo. No estábamos todos juntos, a la familia le faltaba un miembro o quizás como los despectivos nos afeaban, un guiñapo. Su imagen indeleble aparecía junto a mi cama durante las noches de viento, que eran casi todas en la estepa.

A miles de kilómetros, escondido en una habitación junto a la abuela Masha en la ciudad de Volgogrado, quedaba Yuri, nuestro hermano mayor retrasado y paralítico. Lo echaba de menos, al igual que a la abuela. Aquí, en este páramo infinito, añoraba los paseos con mi hermano en su silla de ruedas junto al río Volga, bordeando la senda que conduce hasta la plaza del Teatro, dónde nos vigilaba con recelo la estatua de Lenin. A Anastasia Aleksándrovna siempre le atemorizó su figura de piedra, decía que cuando caminábamos a su alrededor, la perseguía con su semblante hosco y fruncido.

—¿Por qué no podemos traernos a Yuri con nosotros, papá?

—No está permitido, aquí no hay sitio para él, hija.

Los dedos de mi padre acariciaban mis coletas rubias con cierta incomodidad, mientras evitaba la mirada de mis ojos verde mar. Un tono que todos los retoños habíamos heredado de nuestra madre, al igual que el rubio pajizo del pelo y las curvas generosas, presentes incluso en nuestra infancia, en contraste con la figura espigada de nuestro progenitor y su intenso cabello ónice.

—Pero es mi hermano, yo quiero verle.

—Es mejor que permanezca con la abuela, ella le atenderá como indicó el médico.

La mención al doctor me retrotrajo a una oscura consulta en un hospital de Moscú. No logro recordar toda la conversación, pero sí las lágrimas de mi madre y la actitud cruel del psiquiatra. La mirada cabizbaja de mi padre, avergonzado por la reprimenda del facultativo, como si la negligencia en el parto que dejó a mi hermano atado a una silla de ruedas fuera responsabilidad de ellos. Quedó grabada en mi mente la avaricia de sus ojos, cuando mi padre le entregó discretamente un sobre con dinero, el obligado soborno en Rusia para recibir una atención adecuada, a pesar de la supuesta gratuidad del sistema de salud.

Atravesamos el hangar y nos acercamos lentamente a la zona de los cazas supersónicos. Los mecánicos nos saludaron, y de reojo, observé cómo papá se limpiaba los ojos con la manga. En un susurro apenas audible, escuché una sentencia que me electrizó la piel.

—Ser un minusválido en Rusia es morir.

Ya de regreso a casa, aún con el hormigueo en manos y pies por haberme subido a la cabina de un caza de combate, mi padre narraba sus peripecias entre las nubes. Desde el cielo, la estepa mongola se extendía sin límites hasta el horizonte. Yo lo escuchaba embelesada, mientras él continuaba haciendo cabriolas con las manos, simulando persecuciones y ejercicios del entrenamiento. Decía que, desde lo alto, no se distinguía la base militar, solo montículos de tierra parda por los que asomaban los morros de los aviones al atravesar las pistas. Toda la instalación estaba bajo el subsuelo, enterrada como una guarida de marmotas, donde una caterva de militares permanecía en alerta.

Las viviendas del complejo eran dos hileras grises y paralelas de edificios de tres alturas, que, codo con codo, se extendían como dos raíles abandonados en medio de la nada. La calle central no estaba asfaltada, olía a queroseno, y al caminar entre las escasas tiendas, que permanecían desdibujadas como fantasmas en los bajos, un polvo terroso, azuzado por el viento, se colaba en la comisura de los ojos y los labios.

Al abrir la puerta del departamento, Anastasia Aleksándrovna nos esperaba al otro lado con dos bombones en la mano. Siempre me han fascinado los bombones rusos, con su relleno crujiente de galleta y ese aroma inconfundible que los distingue de los de otros países.

—¿Y mamá?

Anastasia —Nastia, cuando mis padres se referían a ella— bajó la cabeza, rehuyendo la mirada. Un hedor a alcohol inundaba la sala del comedor.

—En su dormitorio.

El desánimo en su expresión confirmó a papá sus peores presagios. Hoy era el cumpleaños de Yuri y mamá ahogaba su dolor en un mar sin fondo.

—Aliona…

Los gritos de papá y mamá, habituales los fines de semana, retumbaron en las paredes, acallando el ulular del viento que enloquecía el alféizar de las ventanas. Algunos afirmaban que el vodka era una maldición milenaria, un obsequio del diablo a los

rusos en forma de teta, de la que manaba un elixir adictivo al que quedaron enganchados, incluso tras la revolución.

Anastasia Aleksándrovna me ofreció otro bombón, sorda a los improperios y al ruido de cristales rotos procedentes de la alcoba. Ni siquiera se inmutó cuando papá le espetó «zorra borracha» a su esposa. Ella continuó masticando y, asiéndome de una mano, me condujo hasta la puerta.

—He quedado con unos amigos para cazar lagartos, ¿vamos?

—Hay que salir de la base. ¿Otra vez por la hendidura en la valla? ¿Y si nos pillan?

Anastasia Aleksándrovna rio y me pellizcó una mejilla con agresividad.

—¿La valiente piloto está asustada?

Sentí un pinchazo en el estómago; las burlas de mi hermana gemela me enervaban.

—Eres tú la que se caga en las bragas, no yo.

Ella frunció el ceño, escupió en el suelo y abrió la puerta, dejándome atrás. Un punzante dolor de cabeza me sacudió, el mismo que se repetiría con los años cada vez que discutíamos. Salí tras ella y la agarré del brazo.

—Espera, Anastasia. Perdóname. Es solo que los niños mongoles no me agradan como a ti. Son sucios, andrajosos y siempre llevan los mocos colgando. No son como nosotros.

Ella sonrió con esa mirada cautivadora que me dejaba indefensa, una marioneta atrapada en sus ojos verde mar.

—También me han contado que han visto un rebaño de camellos bactrianos. ¿Te los vas a perder?

III

Moscú, Rusia
Enero 2025 d. C.

A pesar de la ropa de abrigo, mis piernas, entumecidas por el frío, se mueven con dificultad, como si llevara bloques de hielo atados a los tobillos . Atravieso la Puerta Ibérica y penetro en la plaza Roja deteniéndome junto al museo de Historia. La nieve cubre los adoquines del pavimento, algunos transeúntes serpentean en la tarde gélida y el velo inclemente de la ventisca se ha retirado de los edificios de ladrillo, desvelando al fin el rojo profundo de sus fachadas, que yacían ocultas bajo el manto blanco de la tormenta.

«Rojo Tiziano», diría un pintor florentino.

La plaza se extiende ante mis ojos, una extensión desolada bajo el cielo plomizo. Demasiado tiempo, sí, es cierto, han transcurrido lustros desde que la mano de mi madre guiaba mis pasos por este lugar. La Plaza Bonita, tal y como ella me susurraba al oído agachándose sobre mi cabeza y apoyando con suavidad sus manoplas de piel de oveja en mis hombros.

—Es lo que significa «rojo» en ruso antiguo, Iván.

Entonces era Navidad, un escenario de cuento en un laberinto de luces, olores a dulces recién horneados, vino caliente especiado, *matrioshka* de madera y risas. Qué extraño resultan las risas en este lugar. Al igual que la Navidad Rusa a mediados de enero. Las estrellas engalanaban el mercadillo, las paredes del Kremlin, las Galerías GUM e incluso los muros de las iglesias. Mi madre sonreía cuando estirando de su mano le preguntaba si las cúpulas de colores de San Basilio eran conos gigantes de helado.

—¿Son de menta, vainilla, fresa y pitufo, mamá?

Ella me revolvía el pelo y luego me guiñaba un ojo con complicidad.

—Son de crema rusa, cariño. La delicia de los zares. Vamos, tengo una sorpresa para ti.

Aproximándonos al mausoleo de Lenin, una multitud de niños se arremolinaba alrededor de un anciano con barba blanca vestido de azul y apoyado en un bastón. A su izquierda, permanecía junto a él una joven de trenzas rubias engalanada con la misma vestimenta. Los chiquillos hacían cola con solemnidad, pero de forma disimulada se empujaban unos a otros, se propinaban un codazo o un pisotón para acercarse más rápidamente a la singular pareja.

—¿Quiénes son, mamá?

—Son *Ded Moroz*, el abuelo del frío, y su nieta *Snegurochka*, la doncella de nieve.

—Me recuerdan a Papá Noel y los Reyes Magos— comenté con ingenuidad.

Ella negó ladeando la cabeza con un breve ademán y me besó en la mejilla.

—No, estos son mejores, acércate y lo verás por ti mismo.

Sentí la respiración agitada y me incorporé a la fila, intrigado por los deseos que la misteriosa pareja concedía. Cerré los ojos con fuerza y pensé en mis padres. Me los imaginé a los dos juntos, abrazados a mi lado. Mi padre nunca nos acompañaba a Rusia y en Altea, era mi madre la que desaparecía cuando papá me llevaba de excursión hasta el peñón de Ifach.

Cuando tras veinte minutos de espera me encontré frente al anciano de barba blanca, experimenté un pánico atroz. *Ded Moroz* estudió mis rasgos orientales con sorpresa, intrigado por el color de mis pupilas, levantó la vista y escudriñó entre el público hasta que encontró los ojos verde mar de mamá.

—Vaya, a quién tenemos aquí. Tu eres Iván, el retoño de Yekaterina Aleksándrovna. Los animales del bosque me han contado que de mayor quieres ser médico.

Yo asentí con nerviosismo. En esa ocasión mi petición era de diferente índole, me acerqué temeroso hasta el oído del anciano y le susurré mi auténtico deseo. Él me escuchó con atención, mi ruso a trompicones fluía como un tubería rota. Observé que el anciano arrugaba el entrecejo, apoyó la palma de su mano bajo mi barbilla,

dejó escapar un suspiro y luego con voz cálida fijó sus ojos en los míos.

—Veré lo que puedo hacer. Aunque no te garantizo nada. No todos los deseos se cumplen. Sin embargo, no dejes que tu mente se enrede en esos pensamientos. ¿Sabes lo que le ocurrió al pavo por pensar demasiado?

Lo miré con extrañeza, recordando el refrán ruso que mi madre tantas veces me recordaba, aunque en realidad no entendía el significado de la metáfora ni qué pintaba el ave en ella.

—¿Qué acabó en la sopa?

—Exacto —asintió el anciano con satisfacción. —Ahora ve con mi nieta, y ella te entregará el presente.

Recogí desubicado la bolsita que repartía sonriente la chica rubia de las trenzas, la abrí, observé lo que contenía y regresé algo decepcionado junto a mamá. Ella ilusionada, me abrazó.

—Bueno, ¿qué te ha parecido tu regalo, Iván?

Me encogí de hombros, dudé, me sentía incomodo ante el rostro iluminado de mamá, estaba resplandeciente. Entendí que aquella pareja constituía un eslabón perdido vinculado con su propia infancia. Por ello, me arrepentí por la torpeza de mis palabras nada más pronunciarlas.

—Solo son caramelos.

Aún me muerdo el labio cuando lo recuerdo. Ahora ya no soy un niño, me he convertido en el médico que soñaba, pero mi auténtico deseo se desvaneció, quizás fuera por culpa de aquellos caramelos que desprecié y no me tomé.

Abandono la plaza y me encamino al paseo junto al río Moscova. Las aguas se encuentran congeladas por la baja temperatura y algunos niños patinan sobre el hielo, efectúan cabriolas con destreza desigual, mientras otros juegan con los trineos.

A mi madre le encantaba este río, narraba con nostalgia los juegos de invierno acompañada por su inseparable hermana gemela, se reía cuando decía que a veces arrojaban cubos de agua sobre el pavimento helado para luego deslizarse sobre él. Sin embargo, lo que más añoraba, eran los paseos en barco durante el verano.

—Tienes que ver la ciudad desde el río, Iván. Es maravilloso, hijo. Desde el agua, no existe una ciudad igual a Moscú.

El verano es un mundo distinto, un efímero oasis verde en medio del desierto de hielo que domina gran parte del año. Los trayectos en los botes turísticos podrían parecerse a los de otras latitudes, pero para mí tenían un sabor único. Permanecía de pie junto a mi madre, ávido por escuchar sus relatos sobre la ciudad. A veces, sus palabras nos transportaban al medievo, a un tiempo de iglesias y monasterios que parecían perdidos en el flujo de los siglos. En otras ocasiones, al acercarnos a la figura imponente de un zar a caballo, sentía que vigilaba el paso del tiempo, en los albores del imperio; o cuando nos deteníamos frente a las moles soviéticas, esos cubos de piedra oscura que surgieron bajo el mandato de Stalin, experimentaba un escalofrío. Era como si los edificios pudieran hablar, como si sus paredes guardaran un dolor mudo.

En esos momentos, mi madre me pellizcaba suavemente la mejilla, regañándome por mis fantasías desbordadas, y volvía a contarme la vieja historia del pavo que, por pensar demasiado, siempre acababa en la sopa.

—Mira, Iván, la Catedral de Cristo Salvador.

Recuerdo cómo aquellos paseos acabaron convirtiéndose en una rutina que repetíamos en cada viaje a Rusia. Yo observaba distraído las cúpulas doradas y la imponente estructura blanca con la indiferencia propia de la infancia. Entonces, mi madre percibía al instante el aburrimiento en mi expresión y enseguida inventaba una historia. Entretejía en su relato a los personajes clásicos de los cuentos rusos que me narraba por las noches, acurrucada en la cama, mientras leía en voz alta del libro de Afanásiev.

—¿Sabías que en sus cúpulas viven una zorra, un lobo, un oso y un gallo? —me preguntaba con una sonrisa pícara.

En aquellos años, me parecía que la zorra, aunque astuta, era más benévola que en los cuentos españoles, como si su ingenio estuviera al servicio de los débiles. El lobo, en cambio, era la torpeza misma, condenado a caer víctima de su estupidez. Y el oso... el oso me daba miedo: su fuerza desmedida me parecía más una maldición que un don. Hasta el gallo, tan ridículo en otros relatos, aquí surgía

como un héroe inesperado. Un gallo, qué absurdo, al igual que el pavo, nunca comprendía el papel de las aves en estas historias.

Abandono las grandes avenidas y me sumerjo en una barriada de clase media. He llegado a mi destino: un antiguo edificio de apartamentos de la época soviética, erigido con ladrillos grisáceos. No me sorprende, es idéntico a todos sus hermanos, con los que comparte pared. Dos viejos automóviles de la marca *Lada* flanquean la puerta de acceso como si fueran guardianes dormidos.

Dejo escapar un suspiro al ver que en esta calle estrecha nadie ha despejado la nieve y la luz, huidiza, hace que resbale; aun así, consigo mantener el equilibrio. Con dificultad, alcanzo el telefonillo del portal y pulso el botón, deseando que la persona que aguarda mi visita me ayude a cerrar las heridas del pasado. Necesito cruzar el mar de dudas en el que me encuentro.

Una voz femenina, débil como un susurro de viento, emerge del interfono.

—¿Eres Iván Morales?

—Sí —respondo, conteniendo el aliento—. Tengo una cita con Anastasia Aleksándrovna.

La puerta se abre con un clic metálico, trago saliva y atravieso el umbral.

IV

Volgogrado, *CCCP*
Junio 1984 d. C.

Era un día de emociones intensas. Mi cumpleaños… bueno, también el de mi hermana gemela, Anastasia Aleksándrovna. Celebrábamos juntas nuestros quince años. Aunque ella presumía de haber nacido dos minutos antes, como si ese detalle insignificante le otorgara el derecho eterno de sermonearme y esperar que acatara su voluntad.

Las clases en el colegio habían terminado. Ese año, por primera vez, habíamos cursado la asignatura de Preparación Militar Inicial. La parte de defensa civil, primeros auxilios y conocimiento de las armas me pareció francamente aburrida. Me recordaba a las tediosas marchas diarias de gimnasia alrededor del colegio, pisoteando la nieve bajo la atenta mirada de esos dos tipos extraños con abrigos oscuros, a quienes todos consideraban agentes de la KGB. Se rumoreaba que en el centro había un par de profesores problemáticos.

Gracias a la influencia de papá, nos enseñaron a montar y desmontar un fusil Kalashnikov, algo que no estaba al alcance de todos los estudiantes dentro del currículo regular. Y mucho menos de las niñas. Incluso habíamos participado en prácticas de tiro. Me había reído mucho viendo las muecas de Anastasia Aleksándrovna cuando sostenía el AK-47 entre las manos; las armas le daban grima.

Ahora estábamos de vacaciones en Volgogrado con la abuela Masha y nuestro hermano mayor, Yuri. Era la mejor época del año. Estaba deseando bañarme en las playas del río Volga, pasear por los jardines en flor y recorrer las áreas recreativas. Pero, sobre todo, teníamos las bocas ávidas por acompañar a *babuska* al mercado.

En ese mes, una hilera entera de mesas se extendía por el mercado, atendida por vendedoras vestidas con batas blancas. Sobre ellas, se alineaban una miríada de tarros de caviar negro,

cada uno con distintos sabores y texturas: más salado, con menos sal, de calidad premium, según el tipo de esturión... Lo traían directamente desde el mar Caspio. Desde las profundidades del paladar fluía hasta los labios un manantial impulsado por el deseo. Sin embargo, no comprábamos nada. La abuela tenía un truco: en Astracán, conocía a un pescador del mercado negro y conseguía el caviar a mitad de precio, en tarros de un kilo, para comerlo sobre rebanadas de pan con mantequilla. En el mercado de Volgogrado, solamente le echábamos cara y nos poníamos en la fila con la silla de Yuri. En cada puesto nos daban una cucharada generosa para probarlo. No podía contenerme, se me hacía la boca agua solo de pensarlo.

—Niñas, es la última vez que lo repito, venid a probar el pan.

En casa de la abuela, siempre nos escondíamos a la hora del almuerzo. Ella recorría la casa y vociferaba por todas las habitaciones, enfadada. Nosotras permanecíamos ocultas debajo de las camas, dentro de los armarios, en la bañera… pero siempre acababa encontrándonos. Yuri, infalible, nos delataba, y cuando no era él, lo hacían los gatos. En la *dacha*, cuatro mininos merodeaban por todas partes, y la risa provocada por sus maullidos terminaba revelando nuestro escondite.

—No queremos sentarnos encima del pan, abuela.

Ella nos atrapaba y, sujetándonos de una oreja a cada una, nos conducía a trompicones hasta la cocina.

—No digáis tonterías, niñas. Es solo un instante.

Nos seguía Yuri, acompañado por los cuatro felinos intrigados. Junto a los fogones, sobre una mesa baja, había una bandeja con lo que parecía una magdalena gigante: un pan blanco y esponjoso. A Anastasia Aleksándrovna le encantaba desmenuzarlo en trozos dentro de un tazón de leche y comerlo con cuchara a la hora de la merienda. A mí, en cambio, me resultaba algo insulso. Creo que era una especie de *kalach*, pero en Volgogrado, a diferencia del de otras regiones, no era trenzado, sino alto y mullido.

—Venga, Katya, siéntate encima y aplástalo.

A regañadientes, obedecí a *babuska*. El pan comprimido se convirtió en una tabla plana, pero, al retirar mi trasero, por arte de

magia recuperó su forma original. La abuela sonrió.

—Bien, bien. Ahora tú, Anastasia.

La operación se repitió con el mismo resultado, gracias a la elasticidad del horneado, provocando incluso la hilaridad de Yuri y los gatos.

—Estupendo, es de buena calidad. Ya podéis marcharos a jugar.

Con unas manoplas rosas, la abuela retiró el pan y lo colocó con suavidad sobre un paño tradicional de colores. Luego, en la parte superior de la corona con forma de seta, realizó una pequeña hendidura y colocó un salero en su interior.

—Ya está listo para cuando esta tarde lleguen vuestros padres.

Desde el umbral de la puerta de la cocina, la observé con melancolía mientras preparaba con esmero la bienvenida. La veía sonreír, feliz a pesar del esfuerzo. Llevaba haciéndolo todos los años, desde que tenía memoria. Antes, cuando era más joven, incluso se vestía con el traje tradicional. Me pregunté si, cuando nos hubiera abandonado, esta costumbre también desaparecería con ella.

Al finalizar el almuerzo, paseamos con Yuri por la orilla del Volga. El río era un vergel, un fanal de alegría donde una caterva de hormigas humanas aprovechaba los rayos de sol sobre el agua. Yuri se regocijó; en su semblante anidaba una dicha inmarcesible. Su mente infantil era un cofre cerrado en un cuerpo adulto, obeso y deformado por la falta de ejercicio, con las piernas encadenadas para siempre a una prisión con ruedas.

Yuri… Sus bonitos ojos verde mar irradiaban expectación y sorpresa.

Nuestra presencia era una bendición para él, un regalo que agradecía sin palabras.

Mi hermano querido, un ser bello y puro en un mundo gris.

Un ángel sin alas, repudiado por una humanidad ciega.

Mamá se desahogaba en un vaso de vodka, lloraba por una desgracia que había marcado sus días. Pero la abuela permanecía callada. Era *babuska* quien realmente le dedicaba su atención, su enfermera inagotable, la única que atendía sus necesidades. Los demás solo éramos visitas.

—¿Quieres un helado, Yuri?

Él asintió con balbuceos, pasé la mano bajo su barbilla acariciándole y nos dirigimos a la heladería. Anastasia Aleksándrovna pidió tres conos de fresa. Estaba muy bella con su nuevo vestido polero rojo de Lacoste; nunca había visto nada igual. Papá lo consiguió en el mercado negro, a través de un contrabandista que comerciaba con ropa de moda de Occidente. La gente la miraba con asombro, pero en lugar de maravillarse, sus rostros esgrimían incomprensión y desprecio. Al cruzarnos con un matrimonio de mediana edad, el hombre, indignado, se volvió hacia nosotras.

—Niña, ¿no ves que te has olvidado la falda?

Continuamos por la senda que conducía al río, sin hacerle caso. Sin embargo, unos metros más adelante, a nuestra derecha, un grupo de mujeres nos señalaron con aspavientos. Barruntaban palabras viscosas, como si fueran gallinas cacareando airadas.

—¿No te da vergüenza salir así a la calle?

—¿Qué clase de ropa es esa?

—Ni que fuera una prostituta.

Nos mordimos la lengua, sin saber qué contestar. Anastasia Aleksándrovna, cabizbaja, sugirió que regresáramos a casa; había perdido la ilusión por el paseo. Recordé que, en una ocasión, papá nos contó que, durante unas maniobras militares, había coincidido con pilotos de otros países del Pacto de Varsovia. En una cantina, le preguntaron por qué los rusos nunca sonreían. Él asintió, pero se quedó sin respuesta. Yo creo que aquí, en la *CCCP*, esto sucedía porque la gente temía que otros camaradas pensaran que uno podía ser feliz.

V

Moscú, Rusia
Enero 2025 d. C.

Me adentro en el portal. El aire está cargado de humedad, resultado de los pequeños charcos de la nieve derretida. Las paredes, de un azul mortecino, exhiben con sus desconchones las cicatrices del tiempo y el abandono. Mi desconcierto crece al comprobar que no hay ascensor. Junto a los buzones, capta mi atención un cartel granate y descolorido, con la imagen de un cartero alzando el puño junto a una hoz y un martillo. He retrocedido varias décadas. Es como si me encontrara dentro de una postal. Camino hacia la escalera. Son cuatro pisos. Resoplo.

El timbre del móvil suena de pronto: es Clara, mi mujer. Su alegre acento andaluz irrumpe con extrañeza en la sobriedad de este lugar.

—Hola, cariño. ¿Qué tal va todo? ¿Ya has hablado con ella?

—Todavía no, amor. Acabo de entrar en el edificio. Mejor te llamo luego, cuando regrese al hotel, y charlamos con calma.

—De acuerdo.

Escucho su respiración a través del altavoz y la imagino dándole vueltas a mis palabras.

—Iván, es mejor que en esta primera visita no le cuentes lo de tu padre.

—Sí, ya me lo has repetido varias veces.

—Tampoco la atosigues a preguntas. No has tenido contacto con ella desde la infancia.

Sonrío para mis adentros.

—Lo dices como si me conocieras a fondo.

Al otro lado del auricular, una carcajada ahoga mi nerviosismo.

—Por eso lo reafirmo, cariño.

Asiento con la cabeza.

—Tranquila, intentaré controlarme.

—Así me gusta. Besos, te quiero.

—Ídem.

Finalizo la llamada y, con renovado brío, reanudo la ascensión de los escalones. Sin embargo, la advertencia de Clara sobre mi padre surte un efecto imprevisto. A cada paso, su sombra me acompaña. Evoco al hombre que dedicó su vida a mi crianza.

Recuerdo su pecho henchido de orgullo cuando me gradué en la Facultad de Medicina de Albacete. Un momento solaz y de felicidad. Casi puedo verlo allí, en la fiesta posterior que toda la familia celebró en un restaurante cercano a la Universidad.

—Vamos, Joshua e Iván. Ahora una foto solos el padre con el hijo.

Es el hermano mayor de mi padre, orondo como un tonel, el que no cesa de disparar instantáneas con su cámara miniatura. Es de las escasas ocasiones en las que veo sonreír a papá.

—Vale, ahora otra con todos los primos rodeando al flamante médico.

En el salón privado, el bullicio es ensordecedor, los camareros entran y salen con las comandas sorteando los globos y el confeti. Descorchan sin cesar botellas de cava que golpean las paredes como si fueran una mascletá bajo los acordes de la música de Julio Iglesias a todo volumen. Ellos también ríen, mientras escucho como cuchichean:

«Es una fiesta de chinos».

No les falta razón, a la celebración han acudido familiares filipinos desde diferentes lugares del planeta. La mayor parte han viajado desde Manila, pero también los hay que se han acercado desde Madrid, Berlín, Roma, Londres, Dublín e incluso California.

—No hay nada tan maravilloso como la familia, ¿verdad Joshua?

Papá asiente mientras levanta una copa de espumoso y se abraza a mi abuela. Una anciana de ochenta años prácticamente calva y con manchas marrones en las mejillas en un rostro de papiro. Ella tampoco ha querido perderse la ocasión.

—Ahora que has pronunciado el juramento hipocrático, Iván, ha llegado el momento de que contribuyas a la familia.

Mi tío me da un codazo y me guiña un ojo.

«El clan lo es todo», solía decir mi padre cuando yo era niño.

No importa en qué rincón del mundo viva un filipino: siempre hay alguien enviando algo a casa. Remesas, cajas, sobres discretos, lo que sea. El patriarca guarda cada euro, y lo usa para pagar la escuela de los más jóvenes, o los medicamentos de los abuelos.

Recuerdo cómo mi padre enviaba los regalos de Navidad en verano, por barco, para que llegaran a tiempo a Manila. Me lo explicaba con paciencia, aunque su timidez le hacía bajar la mirada.

—No lo vivimos como una obligación, sino como un deseo de amor —decía.

En esa época, recuerdo lo difícil que le resultaba a mi padre hablar, no solo de sus sentimientos, sino también de cualquier otra cuestión conmigo. Antes de que mi madre nos abandonara, era un hombre alegre y divertido. Siempre me sorprendía con alguna historia de su país natal, como aquella vez que me contó que, en Filipinas, durante la Semana Santa, había gente que se dejaba crucificar para demostrar su fe.

—¿Clavados en una cruz de madera, papá?

—Sí, pero es simbólico, claro. Hay médicos cerca, toman precauciones.

—Están locos, papá.

Él asentía con media sonrisa.

—¿Y sabes cómo conseguimos nuestros apellidos? —me preguntó un día.

Yo contenía la respiración, fascinado, con los puños apretados.

—Antes, no teníamos. Fue cuando llegaron los españoles. Hicieron una lista enorme, con cientos de nombres. Cada pueblo tenía los suyos y se los iban dando según dónde vivieras. Así eligieron «Morales» para nuestra familia.

—Pero yo pensaba que venía de los moros.

Entonces, mi padre reía y me acariciaba con suavidad la mejilla.

—¿Tú crees que tenemos pinta de árabes, Iván?

En la escuela, cuando narraba estas historias a mis compañeros de pupitre, alzaban una ceja con malicia y me miraban por encima del hombro, como si fuera un marciano.

Papá solía reservar sus anécdotas favoritas para cuando paseábamos por la playa de la Fossa, antes de iniciar el ascenso al imponente Peñón de Ifach. Aquella montaña me evocaba el busto de una mujer; su pared vertical y escarpada formaba un rostro pétreo, mientras que la parte posterior se asemejaba a una melena femenina que descendía con suavidad hasta la playa. Su silueta me erizaba el vello.

—Tienes pelos de gallina, hijo.

Los jadeos de la subida por el bosque se apagaban en un mudo silencio al llegar a la cueva, cuya boca se abría hacia el corazón de la montaña.

—Agárrate bien a la cuerda.

Una soga anclada a la pared interior guiaba nuestros pasos. En la oscuridad, la linterna de papá proyectaba un cono de luz inestable sobre la piedra desnuda. Contenía la respiración mientras mis zapatillas resbalaban en la roca viva, aferrándome a la cuerda con más fuerza. Tras unos minutos eternos, al fondo de la cavidad se vislumbraba la luz de la salida.

—Ahora viene lo mejor, Iván.

El estruendo del mar golpeando con sus puños el acantilado ensordecía mis oídos. Entonces, me arrebujaba sobre el torso de mi padre en un gesto fútil. Él me espetaba que no había que temer a la fuerza del agua. El vértigo del paisaje me amedrentaba y al mismo me atraía con una fascinación singular.

—Vamos, hijo. Ya queda poco para que alcancemos la cruz de hierro.

Desde la cima, la panorámica resultaba sobrecogedora, abarcando la belleza de la costa alicantina hasta perderse más allá de Altea y Benidorm. Algunos ilusos aseguraban que, en los días claros, podían distinguirse destellos de la ciudad de Alicante, pero mi padre insistía en que era imposible debido a la distancia.

Aquel hombre, que tanto admiraba en mi niñez, se fue marchitando con los años, perdido en una soledad inaccesible. En el ayuntamiento, donde mi padre trabajaba como funcionario, sus colegas le reprochaban la abulia con la que se desenvolvía en el servicio a los ciudadanos. Cuando se le pedía que detallara la

información en unas notas manuscritas, mi padre se mordía el labio. Su caligrafía era irregular, asustadiza, incapaz de mantener un trazo firme; las palabras parecían arrastrarse por el papel, como si lucharan por avanzar, enjauladas en sus pensamientos.

VI

Mockba, *CCCP*
Junio 1986 d. C.

Era una mañana fría, con el cielo cubierto por manchas oscuras de asfalto velando un sol ciego. Me asomé al alfeizar de la ventana del nuevo apartamento que nos habían asignado en la ciudad, la madera blanca se resquebraja y unas diminutas astillas se clavaron en las palmas de mis manos. La panorámica era hermosa, abierta a un parque rodeado de hormigueros grises de ladrillo. El departamento era diminuto, una caja de zapatos viejos consecuencia del divorcio de mis padres. Los *soviets,* a través de los comités locales, determinaron que nos correspondían menos metros, a pesar de que mamá conservó nuestra custodia. Resultó extraño, en otros casos, el cónyuge sin el cuidado de los hijos abandonaba el hogar y el resto de la familia permanecía en la vivienda. Sin embargo, varios vecinos vilipendiaron a mamá, tachándola de borracha insociable, mientras a papá lo consideraban un héroe militar.

En los primeros días, Anastasia Aleksándrovna se negó a beber agua del grifo; argüía que el chorro chocolateado le recordaba a los charcos de arena del patio del colegio. Por la misma razón, tampoco le apetecía ducharse, y su olor corporal flotaba en el dormitorio, anidándose en las mantas con una persistencia incómoda. Yo le peinaba con tristeza el cabello dorado. La ruptura de nuestros padres nos ensombrecía el ánimo. Aunque el silencio entre las paredes, el vacío, constituía una bendición de paz frente a las tumultuosas discusiones que con anterioridad sufríamos a diario. Especialmente, desde el fallecimiento de Yuri el año anterior. A nuestro hermano mayor lo consumió una neumonía.

—Ya descansa —susurraba a menudo mamá mientras papá intentaba arrebatarle con violencia la botella de vodka.

Entonces, un día, ella se abalanzó sobre él, escupiéndole, arañándole la cara con sus uñas resquebrajadas, mientras lo culpaba de los años perdidos y del dolor. Papá la abofeteó, la golpeó con saña, convertido en un oso malvado y desconocido, hasta que su mirada se cruzó con la nuestra: Anastasia Aleksándrovna y yo, paralizadas, le observábamos con angustia. Él se llevó las manos a los oídos, ahogado por los sollozos de mamá que nos ensordecían, y huyó de casa tambaleándose, cerrando la puerta con un portazo.

A papá dejamos de verle desde que lo destinaron a una base militar en Ucrania. Las vecinas de lenguas afiladas se regodeaban, lanzándonos a la cara que había encontrado a otra mujer. Yo sabía que era mentira, aunque los divorcios fueran tan comunes aquí, en la *CCCP*, y no entendía cómo en los países cristianos aún creían que el matrimonio era para siempre.

Creo que me convertí en una piedra, en un ser insensible que ya no se conmovía por nada a su alrededor. Recibía los golpes como un saco de lona, sin dolor, sin remordimiento.

A veces me preguntaba cómo era posible que añorara el aislamiento, alejarme de Anastasia Aleksándrovna o de mamá justo cuando más me necesitaban. Pero la verdad era que me sentía a gusto en mi soledad, perdida entre las páginas de un libro, vagando por calles vacías o escuchando la música nueva que llegaba del otro lado del muro, filtrándose como goteras a través de la censura.

Quizás era mi refugio, mi manera de escapar.

En realidad, no me sentía viva; solo deseaba que transcurriera el tiempo.

Me remordía la conciencia mi frialdad ante la desaparición de papá, con quien había estado tan unida. Compartíamos la fascinación por las armas y el entusiasmo por la fanfarria militar, especialmente cuando asistíamos juntos a los desfiles en la Plaza Roja: el Día de la Victoria o el aniversario de la Revolución.

No comprendía la falta de empatía con mi hermano desaparecido, frente a la tragedia diaria que continuaba asolando a mamá, y que también conmocionaba a mi gemela.

Anastasia Aleksándrovna me acusaba con rencor insistiendo en que me parecía a la abuela Masha, comparándome con su falta de

remilgos y sentido práctico con un corazón de hielo.

Recuerdo que *babuska*, con esa voz desinhibida que era habitual en ella, una vez nos confesó que a Yuri había que masturbarle periódicamente o enloquecía. Esa, cuando los fármacos escaseaban, era la única manera que había aconsejado el médico para tranquilizarle cuando los nervios se apoderaban de él y se autoinfligía heridas con cualquier objeto a su alcance. Y ella, ya era demasiado mayor, una de nosotras tenía que tomar su relevo. Anastasia Aleksándrovna se tapó los oídos y escapó asqueada. Yo asentí, tragué saliva y me comprometí solo por no defraudarla. La abuela, que había vivido dos guerras mundiales, me dio una palmada en el hombro y retornó a la cocina con sus guisos.

Aquella experiencia, que repetí en varias ocasiones, no me repugnó, solo recuerdo la expresión de alivio en el rostro de mi hermano y la necesidad de realizar un trabajo que la abuela me había encomendado.

En esos días de cambio para mis camaradas de juventud, yo me acercaba, sin saberlo, a la universidad. La sangre nos despertaba con nuevos vientos.

Los llamaban *perestroika* y *glasnost*.

Por primera vez, los pilares en los que había creído con tanta firmeza desde la infancia se desvanecían, rasgándose como un velo al paso de un misil incontrolado.

La música, las noticias, la moda comenzaban a supurar las restricciones. Aunque aún pasarían varios años antes de que me comiera una hamburguesa con pepinillos, cebolla y tomate con queso cheddar junto a Anastasia Aleksándrovna en un McDonald's, todavía recuerdo cómo nos lamíamos las muñecas chorreantes de kétchup entre risas. Durante mucho tiempo, preferí la sencillez de las *stolovye*, las cafeterías autoservicio del estado, donde abundaba la comida barata y rápida: sopas, carne o pescado cocido y pan, con los que también me chupaba los dedos.

En aquel estío, asistimos a nuestro primer concierto y, justo la semana anterior, en el café de mi barrio, sentí la electricidad erizarme la piel al escuchar *Thriller* de Michael Jackson en una vieja casete pirata. Las cintas pasaban de un bolsillo a otro como si fueran

monedas de oro. Incrédulas, escuchábamos palabras que no entendíamos, pero que rezumaban un aroma a libertad, una creatividad hasta entonces desconocida.

—¿Queréis pasarlo bien, chicas? ¿Vais las dos en el mismo lote?

—Eso depende…

El descubrimiento de la seducción, de esa atracción insaciable que despertábamos en los hombres, dejó en mí una memoria indeleble. No me refiero al juego de una complicidad compartida ni al acoso disfrazado de cordialidad de muchachos hambrientos de deseo, avivados por el alcohol y la música rock. No, unida a un salón de baile, el eco en mi piel fue una cicatriz imborrable.

La danza, en sus diversas formas, siempre nos ha cautivado a los rusos. Siendo aún unas chiquillas, mamá nos inscribió en una escuela de ballet clásico. Yo soñaba, como tantas otras niñas, con transformarme en un cisne blanco. Sin embargo, el nivel de exigencia diario, las horas interminables, el control obsesivo de la alimentación y los frecuentes cambios de destino de papá acabaron por disuadir a mamá, quien comenzó a buscar otras alternativas como el baile deportivo.

En la competición, los nervios, la piel de gallina, la ambición por ganar, desbordaban mi felicidad. Nunca he sido tan dichosa como cuando salía a la pista de la mano de mi pareja, un segundo hermano tras los años de entrenamiento. En esos momentos, me convertía en una estrella que lucía elegantes vestidos, mientras bailábamos un vals, un tango o un foxtrot. La disciplina, el sudor de los ejercicios, los sinsabores de las lesiones, todo quedaba relegado a un cajón oscuro cuando volaba en la pista, interpretando la música, la coreografía y la expresión artística.

Anastasia Aleksándrovna y yo, gemelas hasta en los coqueteos, tal como ocurría en los exámenes del colegio, nos intercambiábamos en nuestros papeles si era necesario. Un secreto que, aparte de nuestras parejas de baile, solo unos pocos avezados lograban distinguir.

—Eres tan hermosa, *dévochka*. Ven a Leningrado conmigo, te mostraré la vida real.

Lo que comenzó como un halago por parte de un venerable anciano hacia Anastasia Aleksándrovna, se transformó en una cacería con el paso de las semanas. La persecución del comisario político venido a menos durante la *perestroika* se repetía al finalizar cada sesión. A las flores iniciales le siguieron promesas desvergonzadas y, finalmente, amenazas implícitas.

—Tengo miedo, Katya.

Mamá se enfrentó a él delante de todos, le agarró de las solapas, insultándole y advirtiéndole que, si volvía a acercarse a cualquiera de sus dos hijas, le denunciaría. Él, visiblemente contrariado, se deshizo en una miríada de excusas. Los tiempos, pensaba, habían cambiado.

—Me han interpretado mal, camaradas, lo lamento —afirmó excusándose—. No soy más que un profundo admirador de su arte.

No ocurrió hasta dos semanas después, al finalizar el entrenamiento, cuando yo aún me encontraba en la ducha. Al salir del vestuario, el viejo comisario agarró a Anastasia Aleksándrovna por la fuerza en un intento de secuestrarla, apretando un cuchillo contra su garganta.

—No te resistas. Nos espera un coche.

Anastasia gritó, forcejeó desesperada, hasta que el viejo perdió la paciencia y la golpeó en la cabeza, dejándola desfallecida.

Fue entonces cuando salí a su encuentro. Ya la arrastraba por el pasillo, con el cuchillo olvidado en el suelo.

No dudé ni un instante: agarré el arma y, con un movimiento vertiginoso, la clavé en su espalda una y otra vez, hasta que su aullido de dolor se apagó en un susurro.

VII

Moscú, Rusia
Enero 2025 d. C.

Llego impaciente al cuarto piso y me adentro en el rellano, donde se alza la puerta tras cuyo umbral espero encontrar las respuestas que me han obsesionado durante tanto tiempo. Un maullido lejano rompe el silencio, una melodía extraña en este lugar. Qué curioso… recuerdo que a mi madre también la obsesionaban los gatos. Alejo el pensamiento con un leve movimiento de cabeza; no es el momento.

Observo a mi alrededor. Seis puertas. Escruto cada una con recelo: todas de un aliso sobrio, algunas desportilladas. Apoyo la mano en la pared y, al instante, el azul desvaído se desmorona. Una fina capa de yeso cae como un velo de polvo sobre el terrazo gris.

Entonces, una puerta se abre y un anciano, apoyado en un bastón, pasa junto a mí y se dirige con paso quedo hacia las escaleras. De manera natural lo saludo, pero no responde. Había olvidado que, en Rusia, a diferencia de otros lugares, no se saluda a los extraños, ni siquiera a los vecinos. No es timidez; cada uno es dueño de su propia intimidad o quizá sea un anhelo de soledad acrecentado por el frío y lo inhóspito del clima.

El maullido del felino regresa, en esta ocasión con mayor intensidad. Otra puerta se entreabre, y ante mí aparece una mujer madura de cabellos dorados con un gato entre las manos, esconde la mirada mientras acaricia al felino con cierto nerviosismo. El animal se deja hacer complacido y me observa con curiosidad. La mujer se muerde el labio y alza los ojos hasta encontrarse con mis pupilas. Son de un verde intenso, el color del mar, el de mis iris, el de nuestra familia.

—*Privet*, soy Iván.

Ella asiente despacio.

—Anastasia Aleksándrovna.

Se acerca a mi rostro, su fragancia es el de una colonia barata de supermercado. Me da tres besos, primero en la mejilla derecha, luego en la izquierda y finalmente de nuevo en la derecha. En verdad, no son ósculos reales, sino más bien un roce de mejillas acompañado de un sonido de beso al aire cerca del oído. Sin embargo, percibo el temblor de sus labios.

—Entra, vamos al salón. ¿Te apetece un té?

—*Spasibo, tyotya*.

Ella avanza por el pasillo, de vez en cuando se gira y me estudia con atención, como si quisiera constatar que soy un ser real y no una ilusión producto de su imaginación.

—Has cambiado mucho, Iván, *plemyánnik.* Ya no queda nada del niño que conocí.

La vivienda es modesta, apenas un estudio decorado con muebles funcionales de otra época. En la sala de estar, un par de butacas color fresa, una mesa camilla redonda con un mantel bordado y, junto a la ventana, un escritorio de trabajo engullido entre una infinidad de libros flanqueados por antiguos discos de vinilo y un larario con iconos ortodoxos.

—¿Azúcar, miel, limón o solo?

—Miel, por favor.

Anastasia sonríe mientras se dirige al samovar. Es un aparato eléctrico de pequeño tamaño para calentar el agua, diferente a los viejos utensilios de las novelas clásicas de cobre alimentados con leña o carbón. No puedo evitar conmoverme, recuerdo cuando lo preparaba mi madre. Yo prefería un tazón de leche con Cola Cao, pero ella insistía en que el samovar no era solo un artefacto para preparar té, sino también un símbolo de hospitalidad y calidez en la cultura rusa, una conexión con los seres queridos.

El gato se relame cuando mi tía deposita sobre la mesa una bandeja con *blini y pirozhki*. Se aproxima sigiloso a las tortitas y bollitos, pero su ama ríe y niega con un dedo.

—No, *kótik*, esto es para nuestro invitado.

El felino se aleja contrariado, con un semblante orgulloso en el que se entremezclan el desdén y los celos. Saboreo el té despacio:

está demasiado caliente y me abrasa la lengua. Observo las estanterías repletas de libros. Hay cierto aroma a mausoleo.

—Veo que eres una gran aficionada a la lectura.

Anastasia asiente con un leve gesto. Es una mujer de facciones redondeadas que conserva su atractivo a pesar de la madurez, con pechos generosos y curvas desparramadas por el sobrepeso. Supongo que debería estar contemplando la imagen de mi madre si hubiera sobrevivido al paso de los años.

—Soy profesora jubilada de educación primaria. Siempre me apasionaron las historias.

—Tolstói, Chéjov, Dostoievski, Nabokov…

Me llama la atención el sentido trágico de los clásicos rusos, la melancolía que impregna sus páginas y cómo, en muchos relatos, el alcohol aparece como refugio ante la desesperanza: un mar en el que ahogar la aflicción y justificar, avalada incluso en las leyes, la necesidad de golpear a sus mujeres.

—Sí, y no solo los grandes escritores de la literatura rusa, también los de otras latitudes.

Enarco una ceja, indeciso ante el alcance de la censura imperante.

—Por ejemplo.

—Hemingway, Cela, Ernaux, Lorca, Borges, Duras, García Márquez, Murakami…

Las pupilas de Anastasia se iluminan con la mención de los escritores. Tengo la impresión de que su vida cabalga aprisionada entre ellos, dentro de esta habitación, como un pájaro liviano que ansía volar en cielos imposibles, lejanos a su realidad cotidiana. Examino los volúmenes a la distancia: tengo la certeza de que son libros viejos, clásicos extraídos de los estantes de una biblioteca pública o de un mercadillo de segunda mano.

—Es una buena lista, aunque mis lecturas se concentran en los avances de la medicina. Las novelas no me atraen.

Ella mastica un bollito y exhala un suspiro.

—Me alegra que nos veamos después de tanto tiempo, Iván. Te has convertido en un médico, como ambicionabas desde niño. Tu madre estaría muy orgullosa.

Aprieto los puños y frunzo el entrecejo.

—Nos abandonó cuando yo tenía diez años. ¿Por qué debería estarlo?

Anastasia traga saliva, consciente de que aquella huida es una herida que aún me lacera el pecho. Una traición que, pese al tiempo transcurrido, sigue burbujeando en mi interior como la lava en la caldera de un volcán.

—Ella te amaba, Iván. Sus razones no son fáciles de comprender. Sin embargo, te aseguro que siempre estuviste en sus pensamientos.

Deposito lentamente la taza de té en la mesa. Me tiembla el pulso. Oculto el rostro entre las manos y exhalo un suspiro.

—Quizás tú puedas ayudarme, tía. Tengo tantas preguntas. Siento que es una desconocida.

Una lágrima resbala por el rostro de Anastasia. Se limpia la mejilla con la manga. Entonces, el gato regresa, maúlla con melancolía y, de un salto, se acurruca en su regazo. Parece intuir que su presencia, el roce de su piel animal contra la de su dueña, le brinda fuerzas, que son necesarias para ayudarla a encontrar las respuestas que tanto ansío.

—No es una tarea sencilla, Iván. Solo te pido paciencia. Tanto tú como tu padre desconocéis gran parte de lo que en realidad sucedió.

La mención de mi progenitor me enerva; no puedo evitarlo.

—En el caso de mi padre, las respuestas llegan tarde. Falleció en un accidente de tráfico hace dos años.

Anastasia traga saliva. Asimila mis palabras con lentitud, como si intentara entrelazar recuerdos y pensamientos. Sin embargo, no percibo en ella la amargura que esperaba, sino una desorientación ante la noticia inesperada.

—Lo lamento, Iván. Comprendo cómo te sientes. Era un hombre afable, con muchas cualidades. La relación entre tus padres fue, digamos, especial. Pero eso no disminuye el profundo amor que ambos sentían por ti.

La escucho enmudecido, reprimiendo el dolor que me oprime el estómago. Me pregunto si realmente quiero conocer las razones que me han traído hasta aquí o si lamentaré haberlo hecho, si hubiera

sido mejor permanecer en la ignorancia. Aproximo los labios al té; todavía está caliente. Su sabor me alivia.

—Tenemos que retroceder en el tiempo, Iván. Hasta una noche de bailes de salón. Éramos jóvenes, apenas habíamos cumplido diecisiete años. Tras la sesión de entrenamiento, yo ya estaba en los vestuarios mientras Katya aún permanecía en la ducha.

VIII

Mockba, *CCCP*
Junio 1986 d. C.

Un charco viscoso de sangre se extendía sobre el pavimento, envolviendo el cuerpo silente del viejo puerco. Permanecí de pie, paralizada por el terror, con el cuchillo aún en la mano, cuando Anastasia Aleksándrovna recobró la consciencia. Nuestras miradas se cruzaron: primero incredulidad, luego un odio exacerbado. Todavía en el suelo, le propinó al fiambre un fuerte puntapié.

—Maldito baboso.

Arrojé el cuchillo lejos de mí, como si la sangre caliente impregnada en el acero me abrasara. Entonces, ayudé a Anastasia Aleksándrovna a incorporarse y nos fundimos en un abrazo intenso, inmóviles durante varios minutos. El calor de su cuerpo me reconfortaba, y ambas lloramos entrecortadamente, entre balbuceos.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Katya?

La policía no tardó en llegar al vetusto centro de bailes de salón, alertada seguramente por el resto de espectadores que se agolpaban, como moscas alrededor de un saco de mierda, sobre el cadáver del defenestrado comisario político. No mostraron empatía con nosotras, ni siquiera una palabra de consuelo. Muchos de los presentes susurraban por lo bajo que el vejestorio se lo tenía bien merecido. Otros comentaban que esta escena era inevitable, teniendo en cuenta la reputación que precedía al personaje. Ni siquiera los agentes de la *militsiya* parecieron sorprendidos. Simplemente nos esposaron, acordonaron la zona del cadáver y nos condujeron en un patrullero a la comisaría más cercana, en lugar de recluirnos en un centro de detención de la KGB.

—Tengo miedo, Anastasia.

—No te preocupes, Katya. Lo afrontaremos juntas.

Los interrogatorios se prolongaron durante dos días. Resultaron intensos, pero no coercitivos. El investigador lucía una sonrisa iridiscente al escuchar nuestro relato. Nos confesó, con inesperada complicidad, que existían dos precedentes anteriores de abuso sexual e intento de secuestro por parte del antiguo comisario y que presentaría el caso como un acto de resistencia justificado.

Por otro lado, según descubrimos posteriormente a través de un amigo de papá, las órdenes del Partido Comunista consistieron en evitar el escándalo público, especialmente dado el historial del comisario en actividades que calificaron de «reprochables» y que podrían dañar la imagen del régimen en un momento en el que los cambios políticos agitaban la *CCCP* como si se tratara de un sonajero.

De esta forma, pese a nuestros temores, abandonamos indemnes nuestra fría celda y regresamos a casa bajo libertad vigilada hasta el juicio, celebrado doce meses más tarde, del que, afortunadamente, salimos absueltas.

Años después, ya en la universidad, cuando aquel asunto parecía haber quedado enterrado en una recóndita pesadilla, los fantasmas del pasado regresaron. En las clases, impartidas en el icónico edificio de estilo estalinista de la Universidad Estatal de Moscú —la popular MGU, como la conocíamos todos—, Anastasia Aleksándrovna se había casado con un apuesto camarada de la Facultad de Economía, un hombre de rizos pelirrojos que, al igual que ella, cursaba sus estudios allí.

Extrañamente, nos habíamos distanciado emocionalmente; ya no intercambiábamos amantes sin que ellos lo supieran, como en los primeros años, ni hablábamos a diario para compartir nuestras intimidades.

En mi caso, siempre había sentido una atracción por las humanidades, así que decidí matricularme en Lengua y Literatura con la intención de convertirme en filóloga. A diferencia de mi gemela, me atraían los hombres morenos, de aspecto rudo o simplemente mediterráneo.

Yo seguía viviendo con mamá, mientras que Anastasia Aleksándrovna y su marido ya se habían mudado a su propio

apartamento, respaldados por sus padres, lo cual contrastaba con la costumbre de otros países, como España, donde los jóvenes no abandonaban el nido hasta bien entrada la treintena.

El marido de Anastasia Aleksándrovna era hijo de una estrella en ascenso dentro del Partido Comunista, un lugar donde las turbulencias internas, previas a la caída del Muro, se asemejaban a un mar rojo infestado de ambiciosos tiburones.

Fue él quien, durante una cena en su flamante apartamento, me alertó. Lo hizo sin previo aviso, sin tacto, fiel a su estilo genuino, con una media sonrisa irónica mientras elevaba la mirada con orgulloso desdén hacia aquellos que consideraba inferiores.

—Katya, querida, mi padre me ha confesado que podrías verte implicada en una cuestión bastante desagradable.

La sopa de remolacha con crema agria se derramó desde mi boca sobre la blusa blanca que había elegido para la ocasión, transformándola en un guiñapo maloliente. Mientras tanto, Anastasia Aleksándrovna y mamá se atragantaban con los rollitos de col rellenos de carne y arroz, cocidos en salsa de tomate.

—¿A qué te refieres exactamente? —pregunté, inquieta.

Él se limpió los labios con parsimonia, bebió un sorbo de té negro y, satisfecho por la expectación que sus palabras habían generado, continuó:

—Mi padre me ha informado de que un hermano del comisario al que acuchillaste por la espalda hace dos años está intentando reabrir el caso dentro del partido.

Exhalé un bufido de contrariedad, no solo por lo inesperado de la noticia, sino principalmente por el placer mezquino que se reflejaba en el semblante de mi cuñado.

—Cariño, olvidas que, gracias a la valentía de Katya, hoy estoy aquí contigo.

La puntualización de mi gemela transformó su actitud chulesca en una cordialidad neutra. Quizás reflexionó, y aquel petimetre, al que yo tenía en tan baja estima, amaba a Anastasia Aleksándrovna como ella insistía en afirmar.

—No lo ignoro. Tienes razón, amor. Disculpa, Katya, no era mi intención ser grosero. El hermano menor del difunto es un

espécimen peculiar. Quiere recuperar a toda costa el honor y el buen nombre de su familia, y tiene las miras puestas en un escarmiento público, especialmente contra la autora del apuñalamiento.

—¿Tu padre no puede protegernos, cariño? —suplicó mi hermana.

Mi cuñado resopló y bebió otro sorbo de té, como si quisiera ganar tiempo.

—No del todo. Ese hombre está ganando poder cada día. Y, aunque tú, Anastasia, estás lejos de su alcance, no ocurre lo mismo contigo, Katya.

Inspiré profundamente y apreté los puños.

—Entonces, ¿qué puedo hacer? —pregunté desconcertada.

El esposo de mi hermana alzó las manos con gesto melodramático, como esos actores veteranos del Teatro de la Satírica cuyos ademanes, reconocibles de antemano por el público, resultaban gastados de tanto usarlos.

—Tienes que desaparecer durante un tiempo. Al menos hasta que las aguas se calmen. Ese hombre tiene numerosos apoyos, pero también incontables detractores que están deseando ver rodar su cabeza.

—¿A dónde?

—Lejos. Lo ideal sería esconderte en el extranjero. Un país donde no haya riesgo de extradición, aprovechando que aún estamos en los estertores de la Guerra Fría.

—¿El extranjero? ¿En América? —preguntó Anastasia Aleksándrovna.

—No, cariño, más cerca. La familia de mi padre procede de España. Los famosos niños rojos acogidos durante la Guerra Civil. Tienen contactos en el Mediterráneo, en un lugar llamado Altea. Creo que están empezando a fomentar el turismo. Quién sabe, podría ser un buen negocio en el futuro para Rusia si los tiempos cambian como se vaticina.

Recapacité sobre las palabras de mi cuñado, rumiando su propuesta. Era consciente del peligro, pero también de la oportunidad que él veía para alejarme definitivamente de lo que consideraba una mala influencia sobre su esposa.

—No comprendo el idioma —objeté.

—No importa, lo aprenderás con el tiempo. Además, no estarás sola. Trabajarías en una inmobiliaria, y me han informado de que han contratado a un funcionario a tiempo parcial que habla ruso.

—¿Un español que habla ruso?

—Sí, creo que es de origen filipino. Se llama Joshua.

IX

Moscú, Rusia
Enero 2025 d. C.

Hoy, diecinueve de enero, la mañana despierta helada. El sol, oculto tras un echarpe de plomo, se muestra reticente a asomar la nariz por miedo a resfriarse. Me froto las manos enguantadas con fruición y cambio el peso de una pierna a otra, inmóvil en la gélida espera ante las puertas de la Catedral de Cristo Salvador, donde aguardo a Anastasia, que llega con retraso.

Es el día de la Epifanía ortodoxa, la conmemoración del bautismo de Jesús en el Jordán, una celebración cuya espiritualidad me deja descolocado ante la devoción de la multitud. Miles de personas desfilan a mi lado, abarrotan el interior del templo y rezuman una fe que me abruma.

El primer encuentro con mi tía ha despertado en mí sensaciones contradictorias. Sus respuestas a mis preguntas no han hecho más que avivar mi incertidumbre y acrecentar la necesidad de saber quién era realmente mi madre y por qué decidió abandonarnos. Extraigo un cigarrillo de la cajetilla, lo prendo con dificultad, pero hace tanto frío que evito quitarme el guante. Inhalo con profundidad para que el humo sofoque el tamborileo de mi corazón y expulso una nube de vapor que queda levitando en el aire.

Un grupo de jóvenes, ataviados con uniforme militar, suben las escaleras acompañados del brazo de sus madres y desaparece engullido en el interior de la Catedral. A pesar de los cánticos del coro, repitiendo sin cesar «Señor ten piedad» como un mantra indeleble, no puedo evitar que la monumentalidad de esta iglesia me recuerde a una gigantesca ballena blanca con ojos dorados que engulle con avidez la caterva de individuos que me rodean.

—*Privet, kak dela?*

—Buenos días, tía.

Es Anastasia. Al fin ha llegado. Tengo las piernas entumecidas. Sonríe y me besa. Esta vez, el ósculo no es en las mejillas, como en nuestro primer encuentro, sino directamente en los labios. Me sobresalto y doy un paso atrás, sorprendido. Ella me acaricia la mejilla. No me resulta desagradable; al contrario, el calor de su contacto me reconforta. La observo con detenimiento. Su elegante abrigo negro realza el oro de su cabello y el verde mar de sus ojos.

Un nuevo grupo de soldados pasa junto a nosotros. Ríen y bromean entre ellos. Algunos apenas son niños; otros, hombres de mediana edad con aspecto de campesinos. Sus uniformes aún huelen a nuevo.

—Más carne para la guerra en Ucrania —murmuro entre dientes.

—Sí, Iván. La paga es buena. Para muchos equivale al salario de varios años.

—Un precio módico por arriesgar la vida.

Anastasia me observa con seriedad, rechazando mi comentario.

—Lo hacen con orgullo, por la seguridad de su nación y por un futuro mejor para todos.

La escruto con sorpresa, temeroso de que esta conversación empañe nuestro reencuentro.

—¿Te refieres a invadir un país hermano?

Ella duda. Aprieta los puños, indecisa.

—No toda la información que llega de los llamados países libres cuenta toda la historia. ¿De verdad nadie se pregunta qué significa para nosotros tener la OTAN cada vez más cerca? ¿O quién vigila a los que llevan décadas metiéndose en guerras lejos de casa?

—La cuestión, tía, es quien ha apretado el gatillo.

—Como dijo Jesús, quien esté libre de pecado que tire la primera piedra.

Respiro hondo e intento procesar sus palabras. Puedo comprender parte de su razonamiento, pero no en este caso. Las voces de los muertos también hablan. Frente a las puertas de esta catedral, me pregunto dónde se esconden el amor y el perdón cristiano. El cielo se oscurece, y la música angelical del coro suena cada vez más lejana.

—No creo en las banderas, tía. La guerra, la muerte de inocentes, de mujeres y niños… no es algo de lo que vanagloriarse.

Ella asiente y me toma de la mano.

—Es cierto, no existe un infierno más horrendo. Olvidemos la política, por favor. Hoy es un día muy especial para mí. No sabes cuánto me alegra que estés aquí, Iván.

—Solo espero que la pesadilla de los combates acabe pronto.

Anastasia sonríe, me besa en la mejilla y agarrándome de la mano me conduce al interior de la basílica.

—Yo también lo deseo, hijo, con todo mi corazón.

Entramos en el hemiciclo, mis ojos se marean por los colores, recuerdo la altura de las bóvedas, la suntuosidad de los frescos y los iconos bizantinos de teselas con pan de oro.

El gentío nos ahoga, deben haberse congregado cerca de diez mil personas en la basílica para la liturgia, todos de pie, como es tradicional en la misa ortodoxa, a excepción de unos cuantos bancos en los laterales dónde descasan ancianos y minusválidos.

Huele a un intenso sudor humano, aunque se percibe un tenue aroma de incienso. Es un mosaico de feligreses. Hay hombres con rostros severos de piedra, que sostienen velas temblorosas entre sus manos callosas; viejas mujeres con pañuelos en la cabeza, que cierran los ojos y susurran oraciones; jóvenes risueños, pero respetuosos, que se persignan con solemnidad; y niños curiosos, que miran a su alrededor con ojos hambrientos.

—Acerquémonos, Iván. Quiero ver mejor cómo el Patriarca bendice el agua.

Nos abrimos paso entre la multitud para acercarnos al altar.

Qué distinto es este escenario en comparación con la pequeña iglesia rusa de mi Altea natal.

Allí, en la soledad de la montaña frente al mar, bajo la mirada serena de San Miguel, sentía que estaba más cerca de Dios. Quizá fuera el silencio, tan opuesto a los cánticos incansables de este coro de niños que ahora ensordece mis oídos. Tal vez la sencillez del iconostasio, frente al esplendor de este gigantesco pantocrátor que domina la pared de iconos y separa el altar de la nave. O el aroma cálido de la madera, en contraste con la frialdad del mármol y el

granito que aquí me rodean. Pero, sin duda, lo que más pesa es el recogimiento de mi pequeña iglesia, donde podía encontrarme cara a cara con el Señor, como un hijo que habla con su padre. Aquí, en cambio, la grandeza del templo me reduce a la menudencia de una hormiga, incapaz de alzar la mirada ante la inmensidad del Creador.

No encuentro paz, aunque otros muestren lágrimas de emoción.

—Voy a rezar una oración y encender una vela, ¿vienes, Iván?

Acompaño a Anastasia hasta el lampadario eléctrico, pero mis ojos quedan atrapados por la entrada del Patriarca. Ataviado con una mitra y lujosas vestiduras blancas y doradas, avanza con solemnidad, apoyado en un báculo pastoral adornado con metales preciosos y grabados. Una gran cruz pectoral, incrustada de gemas, se balancea con suavidad sobre su pecho. Sus ojos de halcón recorren las filas de devotos, como si buscara una presa.

Un escalofrío me recorre la espalda y me eriza la piel. Tal vez sea mi conciencia de pecador.

Lo sigue una comitiva de clérigos: diáconos que sostienen velas encendidas, servidores y un anciano acólito que, al frente del desfile, porta con dificultad una gran cruz procesional de plata que se tambalea en sus manos, resplandeciente bajo las lámparas. La multitud se estremece.

Al alcanzar el altar, el coro irrumpe con majestuosidad en un himno que reconozco: el Tropario de la Epifanía. A mi alrededor escucho suspiros ahogados, mientras la atmósfera se impregna de reverencia y fervor religioso.

—Blagoslovenno Tsarstvo Ottsa i Syna i Svyatago Dukha, nyne i prisno i vo veki vekov.

«Bendito es el Reino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos».

Repito en mi mente la bendición inicial del Patriarca mientras lo observo trazar la señal de la cruz sobre la congregación. Su voz grave resuena en un silencio sepulcral.

A mi lado, la mano de Anastasia aprieta la mía. Le sonrío, agradecido, contemplando su rostro iluminado. Me asombra el cambio: ayer aún podía leer el nerviosismo que nublaba sus

facciones, y hoy, en su lugar, descubro una expresión serena de felicidad.

La ceremonia se extiende durante dos horas. Siempre me ha fascinado el momento de la comunión, aunque no puedo evitar cierta repulsión al ver cómo, en lugar de recibir la hostia en la mano, el *pope* sumerge una cuchara en el cáliz, donde flotan trozos de pan de levadura empapados en vino, y la introduce en mi boca. Apenas consuela comprobar cómo, tras cada feligrés, la cuchara se limpia con desgana en un paño rojo que envuelve la copa, sostenida por dos ayudantes con la solemnidad muda de monaguillos.

—¿Deseas tú también una botella de agua bendita, Iván?

Asiento con un leve gesto. Tras la sacralización, Anastasia toma dos frascos, y abandonamos la iglesia al finalizar la Teofanía, dirigiéndonos hacia el río.

Caminamos en silencio, acompañados solo por el sonido de nuestra respiración y los pasos de los devotos que nos siguen. Es un momento de paz, aunque en mi mente las preguntas comienzan de nuevo a girar, como las aspas de un molinillo agitado por el viento

—¿Qué ocurrió entre mis padres, tía? ¿Por qué mi madre nos abandonó?

Ella acelera el paso. Observo cómo su mandíbula se tensa, desencajada en una mueca extraña. Habla a trompicones, buscando palabras que se escapan entre sílabas de vapor, congeladas en el aire.

—Tienes que comprender, Iván. Cuando Katya aterrizó en Altea, era demasiado joven. Se encontró sola y aislada. Necesitaba protección, seguridad. Sus sentimientos...

Su voz enmudece, cuando llegamos al río congelado, el gentío se agolpa frente a las carpas de los cambiadores, mesas con té caliente, el personal médico y las luces de las ambulancias.

Entonces, contemplo atónito los agujeros cortados en el hielo con forma de cruz a los que se accede mediante una plataforma de madera, escaleras y barandillas. Me muerdo la lengua, se encuentran rodeados de cruces de hielo, iconos y velas. Al fondo, se ha levantado una pequeña capilla, también esculpida en el hielo, en

la que un sacerdote bendice a los insensatos que se sumergen en el agua helada.

—¿Te bañas conmigo, Iván?

No sé por qué lo hago.

No he traído traje de baño.

No deseo hacerlo.

Siguiendo una tradición ancestral, me sumerjo desnudo tres veces en el río, persignándome con la señal de la cruz y repitiendo una oración en nombre de la Santísima Trinidad.

Es en ese instante, con el dolor atravesándome el pecho y el mundo apagándome los ojos, que alcanzo la paz en un silencio ensordecedor.

X

Mockba, *CCCP*
Junio 1990 d. C.

Ocurrió un mes después de la advertencia de mi cuñado: una huida lacerante del que, hasta entonces, había sido mi hogar. Amparadas por la noche, como raposas escapando a la carrera de su cueva ante el acecho de un cazador invisible.

Recuerdo el silencio, el olor agrio de las basuras, el aire frío y tumefacto, pese al estío. Creo que eran alrededor de las tres de la madrugada. Mamá y yo aguardábamos en el interior del portal, junto a una desgastada maleta de cuero heredada de la abuela.

No hablábamos, pero el aliento de nuestra respiración susurraba desasosiego, temor e impaciencia.

Entonces escuchamos un motor. Una vieja *uazik* marrón se detuvo frente al portal. Nuestros ojos se buscaron y se engarzaron en una mirada intensa. Un oficial uniformado corpulento descendió del vehículo y se acercó, caminando con paso raudo. Todavía evoco el sonido rasposo de sus botas militares al golpear el asfalto. En los ojos de mi madre se dibujó un gesto torvo, contrito, que me envaró la espalda. Carraspeó y preguntó:

—¿Es él?

Asentí levemente con la cabeza. Nos besamos y la abracé con premura, sin darle tiempo a reposar su desconsuelo en el calor de nuestros cuerpos entrelazados.

No comprendo por qué no le concedí ese respiro.

Quizá fue la urgencia que leí en los ojos del oficial enviado por mi cuñado, o tal vez la ansiedad que me oprimía el pecho.

Maldita sea, lo he lamentado tantas veces.

Su imagen en el portal —sorprendida por la despedida repentina, con los brazos en alto, en un gesto a medio camino entre la

perplejidad y la desilusión— aún me persigue. El labio desencajado, el velo en sus pupilas...

Esa estampa, grabada en mi retina, es la que conservo de ella: la última. Aunque entonces yo lo ignorara.

El trayecto hasta el aeropuerto se demoró más de dos horas, no por el tráfico —apenas existente—, sino por los vericuetos que el policía realizó en el camino, temeroso de cualquier encuentro inconveniente o de que algún hurón nos siguiera.

Yo permanecía en silencio en el asiento trasero, preguntándome qué ocurriría si una patrulla de la KGB nos detenía, o si, en realidad, el oficial me conducía hacia una oscura madriguera, donde el hermano del comisario fiambre acechaba ante una mesa repleta de instrumentos de tortura.

Una vez en el aeropuerto, el camarada policía me asió del brazo, arrastrándome impetuosamente por los pasillos como si fuera un petate, apenas pude sujetar la maleta mientras mis piernas luchaban por mantener su ritmo. Nos dirigíamos al mostrador de Aeroflot cuando observamos cómo dos patrullas de uniformados interrogaban a los escasos viajeros presentes.

—*Blyad!* —exclamó mi guía.

De un fuerte tirón, retrocedimos hasta la zona de los lavabos y nos ocultamos en su interior.

—Olvida la maleta, no hay tiempo. Vamos directamente a la zona de control de pasaportes.

Enfadada, me negué, apuntándole con un dedo a la nariz.

—¿Estás loco?

Él atrapó mi mano en el aire y, escupiendo las palabras, me espetó:

—No lo volveré a repetir, niñata.

La ira que vislumbré en sus ojos me disuadió de iniciar cualquier confrontación.

—Está bien —cedí—. La dejaré encima del inodoro.

Asintió sin mostrar emoción alguna. A continuación, se asomó de nuevo al pasillo con sigilo y aguardó unos instantes, hasta verificar que las patrullas seguían su ronda en otra parte del recinto.

—*Davai*!

Entonces corrimos hacia una puerta lateral que nos condujo por un laberinto interminable de pasillos grises, apenas iluminados por unos fluorescentes medio fundidos. Me sentía perdida, sin aliento, apenas podía respirar, hasta que finalmente llegamos al control de pasaportes.

—Espera aquí.

Mi acompañante se aproximó con naturalidad a una de las cabinas, donde otro policía, uniformado y con gruesas gafas de pasta negra, le hacía señas. Los dos hombres se saludaron con complicidad y me estudiaron detenidamente durante unos segundos. Antes de sellar la documentación, el agente del control le susurró algo ininteligible; por la forma en que movía los labios, intuí que se trataba de una zafiedad, probablemente una broma soez sobre mí. El otro sonrió, negando con la cabeza.

Finalmente, el oficial abrió la puerta e indicó que pasara.

—Vamos. Camino libre. Daos prisa, ya están embarcando.

Atravesamos las cabinas. Al doblar una esquina, una nueva patrulla realizaba chequeos aleatorios a los pasajeros que, como nosotros, se dirigían a la puerta asignada. Al llegar a su altura, uno de ellos nos dio el alto. Sin embargo, mi guía me atrapó por los hombros y, sin darme tiempo a reaccionar, me besó en los labios, introduciendo con fuerza su lengua en mi boca.

Sentí asco: una impresión viscosa de cebolla mezclada con olor a flatulencia.

Sorprendida y horrorizada, observé cómo mi supuesto protector guiñaba un ojo al uniformado, que le devolvió una palmada en el hombro, sonriendo, y nos dejó pasar para detener a otro viajero.

Nos alejamos, y entre balbuceos no pude contenerme:

—No tenías derecho, cerdo.

Él rio y me dio una leve caricia en el trasero.

—No me digas que no te ha gustado, niñata.

Ardí en deseos de abofetearlo, pero no me atreví. Las piernas me temblaban y, por un momento, estuve a punto de orinarme encima.

Él siguió adelante sin detenerse.

Tras sus pasos, caminé cabizbaja hasta la puerta número doce. Los otros pasajeros formaban una fila que, como una serpiente, se

enroscaba en el estrecho acceso a las pistas.

Entonces se detuvo y, con parsimonia, extrajo de su bolsillo el pasaporte, la tarjeta de embarque y el resto de la documentación que me acreditaba como trabajadora en una inmobiliaria en España.

Su gesto se tornó sombrío, y sus ojos eran dos estiletes de acero.

—Si quieres los papeles, niñata... dame todo el dinero que llevas encima.

Una comezón trepó por mi espina dorsal. Tragué saliva; sentí que las piernas me flaqueaban. Apenas percibí unas gotas saladas que resbalaron por mis mejillas hasta humedecerme los labios. Con manos trémulas, abrí el bolso y vacié la cartera con los dólares que mi padre había conseguido con tanto esfuerzo en el mercado negro.

—Es lo único que tengo. No me dejes sin nada —supliqué.

La hiena obesa hizo oídos sordos. Contó los billetes con satisfacción y, tras un instante, me entregó la documentación. Luego me acarició la mejilla y se dio la vuelta, alejándose.

—Por favor —imploré de nuevo, apenas un hilo de voz.

Entonces, él se volvió. Una expresión mezquina le deformaba el rostro.

—Siempre puedes trabajar de puta, cara bonita.

Ya en el interior del avión, me acurruqué en el asiento, junté las manos alrededor de las rodillas encogidas y abracé las piernas. Quería desaparecer, despertar de una pesadilla que, minuto a minuto, amenazaba con enloquecerme. No me atreví a llorar abiertamente hasta que el avión despegó. Entonces me refugié en el aseo, temiendo hasta el último instante que apareciera un nuevo agente de la KGB.

—¿Por qué a mí? ¿Por qué? —me repetía ante el espejo una y otra vez, mientras intentaba recomponer el maquillaje con la polvera. En el bolso llevaba apenas unas pertenencias: el lápiz de labios, los papeles con mi futuro y una cartera vacía.

Más tarde, en pleno vuelo, me oculté bajo la manta que, amablemente, me entregó la azafata. Por fortuna, mi fila de asientos estaba vacía; al menos me ahorré la vergüenza de que alguien me observara. Intenté dormir, pero fue inútil.

Una vez que los latidos de mi corazón dejaron de repicar como las campanas de una vieja iglesia, el miedo se transformó en odio. Odio al petimetre de mi cuñado, a su benevolencia ruin. Al amor que él y Anastasia Aleksándrovna se profesaban en su bonito apartamento, lejos de la miseria que me rodeaba. Odio a su buena estrella, mientras la mía me condenaba al exilio y a la pobreza. Vejada. Humillada. En la soledad de los leprosos. Odio a mí misma. A mi existencia.

Los camaradas en la universidad decían que todo el mundo experimenta alguna vez el deseo del suicidio. En ese asiento, junto a la ventana del avión, oculta bajo la manta y con las uñas clavadas en la frente, sentí que ese momento ya había llegado.

Una vez aterricé en Madrid, tuve que sortear otro trago amargo para atravesar el control policial. Y eso que, en aquel momento, la afluencia de jóvenes eslavas en busca de una vida mejor aún no era la marea que, con los años, golpearía las puertas de una España idealizada y bañada por el sol.

—Hola, soy rusa. No comprender español. Me esperan a la salida. ¿Papeles bien?

Repetí como un mantra las únicas frases en castellano que había aprendido antes de partir hacia mi desventurada epopeya. La validez de los documentos —y una sonrisa coqueta, ensayada con esmero en el espejo del lavabo antes del aterrizaje— lograron finalmente vencer los recelos de los policías. Tras media hora de retención, abandoné por fin aquel cautiverio y crucé la puerta de llegadas.

Una nueva tierra, el oasis de una esperanza. Suspiré, apreté los dientes y me preparé para lo que el destino me tuviera reservado.

Entonces lo vi.

Escudriñé mi nombre entre una amalgama de carteles. Un hombre de rasgos orientales agitaba en el aire un letrero con letras escritas a mano: Yekaterina Aleksándrovna.

—*Privet*, soy Joshua.

Le saludé con tres besos en la mejilla, como se acostumbra en mi país.

Era un hombre bajo, de unos cuarenta años, de aspecto enclenque, huesudo y encorvado, con los dientes sucios. Sin

embargo, tenía una melena de ónice brillante que me recordó a la de mi padre. Su sonrisa era agradable, y no soltaba mi mano mientras se inclinaba una y otra vez, haciendo reverencias como en las películas chinas. Los ojos, rasgados como las ranuras de una hucha, se iluminaban cada vez que me miraba. Una barba hirsuta le cubría una profunda cicatriz en uno de los pómulos.

No me causó una grata impresión; algo en su esencia no encajaba, quizás fuera su olor a almizcle. Aun así, hablaba un ruso correcto, y había en sus gestos una calidez que me hizo aferrarme a él como a un salvavidas.

Entre sollozos, le conté parte de mi odisea. Me tranquilizó. Dijo que, a partir de ahora, todo iba a salir bien.

XI

Moscú, Rusia
Enero 2025 d. C.

El té negro me quema los labios: está demasiado caliente. Anastasia asegura que, si se deja enfriar, las notas terrosas, el aroma a madera, miel y especias se disipan. Sin embargo, incluso a pequeños sorbos, me resulta imposible de beber. A ella le gusta que le arda en la garganta. Decido ganar tiempo y saboreo una de las pastas moscovitas que desbordan la bandeja plateada sobre la mesa camilla.

Al otro lado, el gato, en el regazo de su ama, me observa con atención. Siento que sus ojos amarillos escudriñan mi interior en un ejercicio de indagación, como si intentara discernir si soy un ratón al que podría manipular o un can al que convendría temer. Permanece inmóvil, dejándose acariciar por la mano de Anastasia, que se hunde con suavidad en su pelaje blanco, deslizándose desde las orejas hasta el lomo.

Es la tercera vez que visito la casa de mi tía. Esta tarde, la luminosidad del sol se filtra a través del estor de la ventana. El manto de bruma de los días anteriores ha desaparecido. No parece invierno; incluso el interior de este salón ha recuperado sus colores y ha dejado de provocarme la impresión de obituario que experimenté el primer día.

Anastasia es una mujer extraña, reservada; evoca a un anacoreta recluido entre sus viejos libros de literatura. Me agrada su compañía. Percibo una familiaridad difícil de explicar, cuando, en realidad, somos, más bien, dos desconocidos que por casualidad comparten un vínculo de sangre.

—¿Qué ocurrió entre mis padres?

La pregunta, a bocajarro, no altera la serenidad dibujada en su rostro. A los rusos no les incomodan las preguntas directas; más

bien, se desorientan ante los circunloquios que a veces empleamos en los países del sur para evitar llamar por su nombre a lo que nos incomoda, o para edulcorar una respuesta y no herir la sensibilidad de nuestro interlocutor. Anastasia se limita a beber un sorbo de té, mientras el minino se desliza fuera de su regazo y, con paso orgulloso, se dirige a la cocina, aburrido por los derroteros que ha tomado la conversación tras concluir un examen sin resultados sobre mi persona.

—Su relación fue un acuerdo de conveniencia. En realidad —según Katya—, no existió amor. Solo cariño.

Aprieto los puños; un sudor frío me recorre la piel.

—¿Cuál es la diferencia? —pregunto, irritado.

Ella finge no percibir la inquietud que probablemente me ensombrece el rostro y me ofrece otro pastelito de la bandeja.

—Intenta comprender su situación, Iván.

Tomo el dulce de su mano, lentamente, y me lo llevo a la boca para calmarme. Es extraño: tengo la sensación de convertirme en un niño al que su madre entrega la merienda mientras le narra un cuento.

—¿A qué te refieres?

Anastasia deja escapar un largo suspiro y evita sostenerme la mirada.

—Ha pasado tanto tiempo. Probablemente hay partes que mi memoria ya no es capaz de recuperar, o quizás nunca fueron exactamente como las recuerdo.

Mastico el dulce despacio y me arrebujo en el sillón.

—Continúa en el momento en que mi madre llegó por primera vez a Altea.

—Altea… A Katya le maravillaba ese lugar: la luz del Mediterráneo, la brisa salada del mar…

Es cierto. Mamá decía que era lo único que echaría de menos si algún día regresaba a Rusia. Cuando caminábamos los domingos por la plaza del pueblo, entre las calles viejas, empedradas, de paredes blancas, balcones de hierro forjado y maceteros floridos, ella señalaba las cúpulas de tejas azules de la iglesia, y luego el mar.

—Fíjate, Iván. A mediodía, ese azul es el color del agua.

Yo intentaba encontrar las similitudes, pero no lo conseguía.

—¿Y las tejas blancas con los dibujos?

Ella sonreía, se agachaba hasta quedar a la altura de mis ojos y apoyaba una mano bajo mi barbilla.

—Esas, cariño, son la espuma de las olas.

Luego se quedaba con la vista fija en el horizonte, como si navegara en un velero donde yo no podía alcanzarla.

—Pero no lo entiendo. Papá dice que el color del mar es el de nuestros ojos.

Entonces se giraba otra vez y clavaba sus pupilas verdes en las mías. Yo me estremecía, enmudecido.

— Al atardecer, cuando el sol comienza a ocultarse tras el bosque de pinos en las montañas, a nuestra espalda, en ese instante el color de los iris de nuestra familia vuela con las gaviotas hasta el mar, y se funde en el agua.

Yo no comprendía sus palabras. Pensaba que los versos que mamá devoraba en los poemas literarios que tanto le apasionaban le habían roído el seso, como a aquel caballero andante manchego que estudiábamos en el colegio.

Luego, descendíamos por la colina, escuchando a cada paso el eco de nuestras sandalias.

—Escucha, Iván. Cuando Katya llegó a Altea, estaba sola, abatida por la huida y completamente desamparada en un país extraño. Ni siquiera conocía el idioma.

—Papá le enseñó algo de español.

Anastasia asiente.

—Joshua fue muy amable con ella. No solo le alquiló una habitación en su propia casa —que, por cierto, nunca le cobró—, sino que todas las tardes le dedicaba un par de horas para explicarle los fundamentos de la lengua.

—Luego asistió a una academia.

—Cierto. También fue Joshua quien cubrió todos sus gastos. Se convirtió en su ángel guardián, su protector… y también en su compañero. Aunque la diferencia de edad —más de veinte años— le generaba a Katya un sentimiento más filial que la complicidad propia de una pareja.

—Sin embargo, papá la amaba. Mamá fue su única novia.

Anastasia tuerce el gesto.

—Joshua, según me transmitió Katya, era un hombre apocado, tímido en exceso y no muy agraciado. Las mujeres de su entorno lo rechazaban por sus rasgos asiáticos, y él las temía. Sin embargo, como tantos otros, sentía una atracción especial por las eslavas de piel blanca, melena dorada y ojos claros: esos estereotipos de belleza femenina que las revistas de moda se empeñaban en imponer. Esa es la razón por la que las mujeres rusas han tenido tanto éxito —no solo en España, sino también en otras latitudes—: se convirtieron en trofeos, símbolos con los que algunos hombres presumían ante sus semejantes.

Las palabras de mi tía me hacen reflexionar sobre circunstancias que hasta ahora no había considerado. La imagen de mi madre se materializa en mi pensamiento de forma difusa; hay tantas cosas que desconozco.

—¿Fueron felices?

Anastasia asiente con un ademán difícil de descifrar.

—Joshua se convirtió en su gran apoyo. Intentó comprarla con regalos, pagaba todas sus necesidades, y Katya se dejó llevar. El acceso a un lujo hasta entonces prohibido —el champán, las vacaciones a sitios exóticos— endulzó su día a día. Ella era consciente del deseo irresistible que provocaba en tu padre, y decidió aprovechar la situación. Cuando las circunstancias se complicaron, no tardaron en contraer matrimonio.

—¿Las circunstancias se complicaron?

—Nuestra madre falleció de cirrosis. El alcohol la carcomió por dentro, poco a poco. Siempre había abusado del vodka, consecuencia de la desgracia de nuestro hermano Yuri, pero la ausencia de Katya fue la puntilla. Luego fue mi padre el que desapareció, en una situación extraña. Incluso las cosas se torcieron para mí.

—¿Qué quieres decir?

—El hermano del comisario asesinado no se conformó con la huida de Katya y comenzó a acecharme. Quería un chivo expiatorio.

XII

Altea, España
Agosto 1992 d. C.

En aquel verano de las Olimpiadas de Barcelona, cuando todo el país vivía entusiasmado con el inicio de una nueva era y los españoles exhibían, ruidosamente y con orgullo, su fingida transformación ante el mundo, yo me sentaba cada noche en la playa. Las olas lamían la arena, la brisa aliviaba el calor del estío en mi rostro, y contemplaba, embelesada, la danza de la luna.

Era mi momento mágico del día.

Entonces, acariciaba mi vientre, algo asustada por lo inminente del alumbramiento. Percibía, Iván, lo agitado de tus movimientos y te hablaba en susurros, con la esperanza de que mis palabras te calmaran. Y creía, por un instante, que el mundo podía ser un lugar sereno.

—Escucha, cariño: el rumor de las olas, la luna que riela sobre las aguas, envuelta en una gasa traslúcida, y yo, abrazada a ella, en la soledad de mis pensamientos.

Joshua se quejaba amargamente de la fruslería de los versos que leía por las tardes, tumbada en la hamaca de nuestra terraza en la montaña, frente al azul del mar. Sostenía que la poesía y los libros eran nimiedades, absurdos, inútiles, rechazaba lo poco pragmático de ese lenguaje barroco que nadie usaba —ni siquiera los literatos—, y que solo los dementes absorbían como si fueran amebas.

Yo reprimía el impulso de abofetearlo y aceptaba la reprimenda. Luego, acercaba mi rostro al suyo, tan próximo que podía escuchar sus latidos acelerados y ese olor a almizcle que, pese a la ducha, no desaparecía. Entonces, posaba mis pupilas verde mar frente a la ranura de sus ojos, cegándolo, hasta que su piel se estremecía.

Nuestro matrimonio carecía de esa ósmosis que define la complicidad entre las parejas. Cuando era niña, allá en la *CCCP*,

creía con firmeza en el amor, convencida de la belleza contenida en el destino amargo de Ana Karenina.

Mi madre, encadenada a la desgracia de Yuri, solía decir que yo era una idiota, un bicho raro. Y Anastasia Aleksándrovna se mofaba cada vez que yo declaraba que la unión de una pareja era como el injerto en un árbol: una simbiosis entre dos seres distintos de la que brota un fruto nuevo, inexistente hasta entonces.

—Eres una ingenua, Katya.

Ella aseguraba que el amor era como una partida de ajedrez: un juego donde solo hay peones, piezas intercambiables que pueden sacrificarse si la estrategia para ganar lo exige.

En los primeros años, recién llegada a España, sus antiguas lecciones me roían la conciencia. Comencé a detestarla. Aborrecía su postura ambigua, esa relación cómoda con su marido, envuelta en un amor de algodón de azúcar. La envidia me carcomía las entrañas, y no creía en el sinfín de vicisitudes que narraba por teléfono como consecuencia de la caída del Muro y la desaparición de la Unión Soviética. Ni siquiera cuando me confesó que no podía dormir por las noches, acosada —según ella— por un lobo hambriento que, tras mi marcha, había vuelto sus fauces hacia ella.

Nunca la vi como un cabritillo indefenso.

Quizá no fui justa.

Sí, recuerdo con nitidez el martilleo de sus palabras: el hierro golpeando el yunque en mis oídos. No cesó hasta que obedecí su mandato. Incluso durante meses después, seguía resonando en mi memoria la inquina de sus burlas.

—¿Todavía no has conseguido que ese infeliz se case contigo, Katya?

—Es reacio al matrimonio, Anastasia Aleksándrovna.

—Eres una mujer rusa, no creo que sea tan difícil con un piel amarilla.

—Se porta bien conmigo.

—¿Acaso no sabes cómo se consigue que un hombre coma de tu mano?

—Es cuestión de tiempo.

—Ya sabes lo que pienso en este tema, Katya.

Asentí, tragando saliva.

—Sí… si no lo tiene claro, mejor que no ocupe el sitio de otro.

—Eso es. Al menos tienes algo en la sesera. ¿Has averiguado ya cuáles son sus bienes? ¿Cuánto dinero posee?

—Es un hombre discreto. No es de los que presumen con su fortuna.

—No seas cándida, Katya. Presiónale en la cama, cuando esté desprevenido.

Enfadada, agarré con fuerza el auricular del teléfono.

—Ya lo he hecho, pero solo obtengo monosílabos.

—Esmérate más, boba. Y, sobre todo, no te cases con separación de bienes. Lo suyo debe ser tuyo.

—¿Y si no lo admite?

—Entonces pon ojos de gata desvalida y dile que no quieres encontrarte un día con la maleta en el salón y una patada en el culo, camino de vuelta a Rusia.

—No es tan sencillo, Anastasia Aleksándrovna.

—Insiste en que, si no comparte sus bienes, entonces es un tacaño. A los hombres siempre les duele oír eso en los labios de una mujer.

Gracias a sus consejos, me convertí en una mujer casada. Si no feliz, al menos situada en una relación socialmente aceptable. Además, iba a ser madre, obtuve la nacionalidad española y me llevé una grata sorpresa: la cuenta bancaria de Joshua no resultó ser una caudalosa cornucopia, pero suficiente.

Me estremecían las noticias sobre los cambios en mi país; Rusia también era una crisálida en plena transformación. Sentía remordimientos. Experimentaba el placer de vivir en España: la luz del Mediterráneo, las paredes blancas de las casas adornadas con geranios rojos.

Iván se instaló en el centro de mi existencia. Ya no malgastaba las horas discutiendo conmigo misma en un soliloquio absurdo y nihilista, en el que no creía en nada salvo en sacar partido de los arrumacos de Joshua. Dejé de considerarme una fullera, un parásito que le extraía todo aquello de lo que yo carecía, una tenia en su intestino.

El fallecimiento de mamá, aunque no del todo imprevisto —dado su delicado estado de salud, agravado por la adicción al alcohol y su animadversión a visitar al médico—, provocó en mí un profundo desasosiego. La lejanía, el no haber podido abrazarnos una vez más, y las escasas ocasiones en que logramos conversar por teléfono, anidaron en mi corazón una culpa de la que aún no consigo liberarme.

La echaba de menos, y por las noches me sorprendían las lágrimas sobre la almohada húmeda. Entonces estiraba la mano en busca del cuerpo de Joshua, para reconfortarme al menos en el calor de su torso. Pero solía olvidar que él dormía en otra habitación, con una máscara ajustada al rostro y un tubo de plástico conectado a una ruidosa máquina, necesaria para tratar sus apneas del sueño.

Aún resuena en mis oídos la última conversación telefónica con mamá. Recuerdo su alegría al descubrir mi embarazo, el éxtasis ante el anhelo de un nieto que Anastasia Aleksándrovna, contraria a la maternidad, había decidido negarle.

—Ahora todo está cambiando en Rusia, mamá. Tras la victoria de Boris Yeltsin en las elecciones, ya hay democracia. Estoy segura de que, dentro de poco, cuando nazca el niño, podremos ir a visitarte.

Ella lloraba al otro lado del hilo telefónico.

—Tengo miedo, Katya. El mundo en el que nací se desvanece. Apenas quedan símbolos de lo que fue la *CCCP*. Todo cambia a una velocidad que no comprendo. No sé si lograré adaptarme.

—Ir a la iglesia siempre te ha ayudado, mamá.

—Tienes razón, hija. La fe en Jesucristo es lo único que me consuela.

—Ya lo verás, pronto estaremos juntas otra vez.

—*Katya, ya tebya lyublyu. Pozhaluysta, ne zabivay menya, moya dochen'ka.*

Sí, mamá. Yo también te quiero, y nunca te olvidaré.

XIII

Moscú, Rusia
Enero 2025 d. C.

El hotel Radisson Collection conserva en su fachada la gloria del antiguo hotel Ucrania —ironía del destino en estos tiempos de guerra—, mientras en su interior ostenta un lujo renovado y pretencioso.

En Altea, cuando mamá me mostraba con orgullo las fotos de las Siete Hermanas, aquellas joyas arquitectónicas de la era de Stalin, yo la escuchaba fascinado. Señalaba uno a uno los rascacielos, como si fueran las siete maravillas del mundo antiguo. Y aunque no comprendía del todo el vínculo entre aquellos gigantes de ladrillo y las pirámides de Egipto, me seducían sus palabras, y el brillo iridiscente de sus ojos al evocar su antiguo hogar en Moscú.

Yo deseaba abrir las ventanas, que la luz me permitiera ver con más claridad aquellas estampas desvaídas, cuyos colores se habían ido atenuando con los años. Pero ella colocaba un dedo sobre mis labios y negaba con un leve ademán. Sostenía que en la penumbra se conservaban mejor los recuerdos.

En la habitación del hotel hace frío y flota un ligero olor a humedad. Contemplo, abstraído, la caída de los copos de nieve tras las cristaleras, mientras me despojo lentamente del traje, la corbata y los zapatos, que guardo con cuidado en el armario.

Las sesiones del congreso sobre medicina reproductiva resultan algo tediosas, y la distancia hasta el Centro Nacional Médico Kulakov es considerable; hoy he tardado dos horas, atrapado en el tráfico infernal de Moscú. Sin embargo, la cercanía a la vivienda de mi tía lo compensa. Al fin y al cabo, mi verdadero objetivo en este viaje no eran las novedades en cirugía, sino descubrir la verdad sobre la sombra que oculta mi pasado. Y el único bisturí capaz de rasgar ese velo es Anastasia, la hermana gemela de mi madre.

—Te echo de menos, Iván.

La voz de Clara, mi mujer, es como un trago de agua fresca. A estas horas, debe de estar en la cocina, preparando la cena para los niños. Casi puedo oler el efluvio de las croquetas de jamón y las de cocido chisporroteando en la sartén, y el aroma de la tortilla de patatas ya servida sobre la encimera de madera, mientras nuestras dos pequeñas pirañas aguardan sentadas a la mesa del comedor, cuchillo y tenedor en mano.

—Yo también, cariño. He terminado cansado con la última conferencia.

Escucho el sonido tenue de su respiración. La imagino recién salida de la ducha, afanada en la cocina, con el albornoz crema acariciando su piel, solo con las braguitas negras de encaje y el pecho desnudo, sin sujetador, como acostumbra cuando está en casa. Suspiro. En este instante, desearía inclinarme sobre ella y lamer despacio sus pezones sonrosados.

—¿Hoy vas a quedar con tu tía?

—Sí, ha insistido en que nos veamos en el parque Gorky. Es un sitio al que solían ir a patinar sobre hielo cuando eran niñas. Recuerdo que a mi madre también le gustaba. Me llevó un par de veces en Navidad.

—Le estás cogiendo aprecio a tu tía.

Reflexiono sobre las palabras de Clara y enciendo un cigarrillo. Tiene razón. Es una emoción inesperada: percibo una familiaridad que me sorprende, como si se tratara de una atadura ancestral, un hilo invisible que mi mente no comprende, pero al que reaccionan las entrañas de mi cuerpo.

—A veces creo que es a mi madre a quien estoy buscando en Anastasia. O al menos, a la imagen dulce que desearía encontrar dentro de ella. La que existió antes del abandono, antes de su muerte.

—Tampoco es una extraña, Iván. Todos los años, tu tía te envía una carta por Navidad y por tu cumpleaños.

—Es cierto, aunque siempre me he preguntado por qué lo hace. No recuerdo ese apego durante mi infancia. Esas cartas comenzaron a llegar a partir del fallecimiento de mi madre.

—Es lógico. Ellas dos eran gemelas, y tú eres su única familia con vida. Tiene todo el sentido.

Clara es una mujer positivista que, sin cortapisas, dice lo que piensa. Le ocurre lo contrario que a mí: necesito cocer a fuego lento los pensamientos en el horno de mi mente antes de pronunciarme. Quizá por eso existe entre nosotros esa atracción irresistible desde el primer momento en que nos conocimos.

—Aun así, percibo que Anastasia oculta algo. Es una premonición que no entiendo. Es una mujer amable, cariñosa conmigo, aunque advierto un resquemor interno en sus relatos, como si algo no terminara de encajar.

Al otro lado del teléfono, escucho un bufido acompañado de una risa familiar.

—No seas paranoico, cariño. Os habéis reencontrado después de tantos años, y es una mujer mayor. Es natural que se encuentre nerviosa al tenerte cara a cara. A mí, cuando pones cara de acelga, también me impresionas.

Admito el pullazo sarcástico asintiendo con la cabeza, mientras el eco de nuestras risotadas se propaga por toda la habitación.

—Supongo que son desquicios de mi personalidad. Ser un retoño fruto de un filipino y una rusa tiene sus ventajas, pero también inconvenientes.

—¿Habéis hablado de tu padre?

—No. Dice que es una historia que la incomoda.

—Ya te lo advertí, ¿recuerdas?

—No puedo evitarlo. Y tampoco lo considero un tabú.

Extraigo una vieja foto de mi cartera. Me acompaña en todos los viajes; un ancla que me recuerda quién soy y de dónde procedo. Acaricio con suavidad la imagen con los dedos, recorriendo con añoranza el contorno de las tres personas que me sonríen desde el tiempo.

La instantánea la tomó un amigo de papá el día de la consagración de la iglesia ortodoxa rusa de Altea. En ella aparecemos los tres: mamá se apoya con delicadeza en el torso de papá, que me sostiene orgulloso sobre sus hombros. A nuestra espalda se alza la hermosa fachada de madera del templo, con sus

cúpulas doradas, y al fondo, la inmensidad del mar bajo la luz del sol mediterráneo. Aguas de un intenso tono verde turquesa, como los ojos de mamá. Ella afirmaba, con cierta vanidad, que la madera, todos los materiales e incluso la mano de obra eran de origen ruso. Yo la asía de una mano y la apretaba contra mi pierna. Ella y papá se miraban con ternura.

No entiendo qué sucedió, ni por qué mamá detestaba a su gemela. Por las noches, al arroparme, rezábamos, y ella pedía a Dios que protegiera a toda la familia. Incluía a los abuelos, a nosotros, a su hermano fallecido, Yuri... pero no mencionaba a Anastasia.

—Me comentaste que en una época existió cierta tirantez entre ellas dos, Iván. Que Katya y Anastasia discutían con frecuencia. Probablemente, el dolor de su desaparición —y tal vez algunos remordimientos— es lo que ha facilitado su predisposición contigo. No deja de ser una forma de reconciliarse con el pasado, de recuperar el tiempo perdido con su ahijado. Eres una parte de ella.

Me aproximo al ventanal. La tormenta de nieve ha cesado. Da la impresión de que es una buena tarde para patinar. Apoyo la frente y la nariz sobre el cristal; un escalofrío me recorre el cuerpo: está helado. Un paisaje aterido.

—Esa aspereza que mencionas no fue circunstancial, Clara. Mi madre siempre se refería a su gemela como Anastasia Aleksándrovna, no como Anastasia, y mucho menos, de forma más íntima; Nastia.

—No entiendo lo que quieres decir, Iván.

—El uso del patronímico en ruso —Aleksándrovna, hija de Aleksándr— se emplea de manera similar al usted en español: es una señal de respeto, sí, pero también una forma de marcar distancia. Es un intento de romper la unión íntima entre las dos. En otras palabras, una manera de expresar que mi madre deseaba que su hermana fuera una extraña, alguien ajena a la familia.

Imagino a Clara al otro lado, resignada, fingiendo que da cabezazos contra la pared con esa actitud tan teatral que la caracteriza.

—Tú y tus intuiciones. Me sorprendes, cariño, con tus habilidades de médium. Lo mejor para despejar dudas es preguntárselo

directamente a ella, ¿no crees?

—Sí, hay algo más que me confunde. Es un presentimiento extraño. Cuando hablo con Anastasia, la razón me dice que estoy frente a mi tía; sin embargo, el corazón me asegura que, en realidad, es mi madre quien habla conmigo…

XIV

Altea, España
Diciembre 2001 d. C.

En aquella Navidad, toda la familia asistimos por primera vez a un ballet en el nuevo Palau del Centro de Artes de Altea. La calidad de los bailarines de la compañía cubana en *El lago de los cisnes* no alcanzaba la sutileza, la sensibilidad ni la armonía que yo recordaba en los delicados movimientos del Bolshói. El edificio, por su parte, conservaba apenas una pálida reminiscencia de la grandiosidad de su análogo en Moscú. Sin embargo, la música de Chaikovski envolvía la sala con una intensidad embriagadora; se me erizaba la piel al contemplar las manos y los pies suspendidos sobre los esbeltos zapatos de punta. La fragilidad, la elegancia y la pureza de los cisnes blancos, con sus tutús clásicos, consiguieron que una lágrima furtiva resbalara por mi mejilla.

—¿Por qué lloras, mamá?

—Son los recuerdos, hijo. Cuando era una niña como tú, mi sueño era convertirme en bailarina.

Iván me estudiaba en silencio, con una sombra de amargura en los ojos, como si intentara desentrañar el peso de mis palabras o simplemente comprender lo que la pérdida de aquel sueño había significado en mi vida. A mi izquierda, en la butaca, Joshua me apretó la mano con suavidad, y en su rostro de rasgos orientales se dibujó una expresión serena, casi beatífica.

—Pero me contaste que tú y la tía Nastia fuisteis bailarinas de competición.

—Sí, es cierto, hijo. La abuela Aliona nos apuntó a Anastasia Aleksándrovna y a mí a clases de bailes de salón. Sin embargo, el ballet es muy distinto. Siempre me quedó clavada una espina.

En el escenario, la luna recortaba con suavidad las figuras sobre la imagen azulada de un lago inmóvil. De súbito, el personaje de

Odette emergió entre los árboles de cartón con la ligereza de algo etéreo no del todo humano, envuelta en una delicada melodía. Vestía de blanco, el cuerpo recto, los brazos trazando líneas gráciles en el aire. Desde la penumbra, Sigfrido la observaba. En torno al lago, los demás cisnes permanecían aletargados.

—¿Cuál es tu cisne favorito, mamá?

—Siempre el cisne blanco.

—¿Y el de la tía?

—Ella prefería el cisne negro.

La mención de Anastasia Aleksándrovna me dejó un sabor acre en la boca. Nuestras discusiones telefónicas seguían envarándome la espalda y provocándome punzadas en el estómago, a causa de los nervios. Al menos, durante nuestros últimos reencuentros cara a cara en Rusia —tras la evanescencia del carcelero que me había perseguido—, habíamos logrado mantener una cordialidad diplomática.

—¿Todos los rusos son millonarios? —preguntó Iván.

—No, hijo. ¿Qué te hace pensar eso?

—Te lo he oído decir en el trabajo.

—Los que invierten en Altea son ricos, pero, aunque parezcan muchos, solo representan un pequeño porcentaje. Rusia es un país más poblado que España.

—¿Y la tía?

No lo pude evitar: una envidia malsana me corroía las entrañas. Las preguntas de Iván nacían de la curiosidad natural de un niño, de esa búsqueda inocente de explicaciones que le permitieran entender las diferencias entre una familia de clase media trabajadora española y la fortuna con que el destino había favorecido a mi hermana gemela, casada con un oligarca.

—*Tyotya Anastasiya — baloven' sud'by*.

Sí, Anastasia Aleksándrovna tenía una flor en el culo. Su marido —aunque un bastardo miserable—, reconozco que fue tan astuto como la zorra de los cuentos infantiles. Era un miembro relevante de los cuadros soviéticos y supo aprovechar su oportunidad.

Al igual que otros dirigentes avispados y bien conectados, la etapa de Boris Yeltsin, con su famosa «terapia de choque», le sirvió

para acaparar, como un buitre de rapiña, los mal llamados vales de privatización en el sector del gas, el petróleo y los metales. La información privilegiada, la corrupción y los vínculos con el poder le facilitaron el milagro, mientras el resto de la población empobrecía bajo una inflación galopante y la incertidumbre.

Recuerdo cómo los ancianos, sin otra salida, volvían a trabajar o dependían de la ayuda de sus familiares.

—¿Es la tía la que nos paga los billetes para ir a Rusia?

—Sí, es ella. Debemos estar agradecidos por su generosidad. A nosotros no nos llega.

Me comía las uñas, esas uñas negras de pantera que seducían al ingenuo de Joshua, alargando las horas hasta la puesta de sol en la inmobiliaria, entre la avalancha de nuevos inversores en Altea Hills.

Mientras tanto, mi hermana desayunaba champán y caviar con sus amigas en hoteles de lujo. Mujeres mantenidas por sus maridos o exmaridos, que toleraban con ojos ciegos las aventuras extramaritales con tal de preservar su estatus.

Yo también quería ser una de ellas, pero mi suerte consistía en abandonar la cama a las seis de la mañana para ir a trabajar.

Sin embargo, lo que de verdad me revolvía la sangre era su desprecio. Cuando conversábamos por teléfono, su desmesurada vanidad la llevaba a expresarse con un plural mayestático, como si fuera una estrella del deporte.

—*Idi v pizdú, Anastasia Aleksándrovna*.

«Cómeme el coño, Anastasia Aleksándrovna».

—Eres un ser despreciable, Katya. Ya no te acuerdas de que fue mi marido quien se encargó del lobo que te perseguía cuando papá desapareció.

Sentí una punzada en el corazón. Maldije tu nombre, Anastasia Aleksándrovna, y por eso me atreví a escupirte aquello. Pero en realidad me sentía derrotada, incapaz de sostenerte la mirada.

Papá, ¿dónde estás? Me pregunto si recuerdas cuando me enseñabas a pilotar en la cabina de tu caza de combate, cuando repasábamos juntos las lecciones del colegio o cuando me leías con paciencia poesía rusa. Cuando aún creíamos en un imperio... y en una familia unida.

Existe en español una palabra —he aprendido todos sus significados con el tiempo— que en ruso no tiene una traducción única. Requiere de varios términos para captar sus matices. Esa palabra es alegría. La descubrí por casualidad en una canción:

Alegría, como la luz de la vida. Alegría, como la rabia de amar. Alegría...

Una ola me arrastró. En el entreacto, me refugié en el bar. Necesitaba una copa. Joshua e Iván se quedaron trasteando con el móvil en el patio de butacas.

Un joven de *smoking* ofrecía una degustación de espumoso a la concurrencia. Las burbujas me atrajeron como un fanal de luz. Tomé una copa y la saboreé despacio: estaba fresca, deliciosa. No pude reprimirlo.

—*Ne frantsúzskoye, konechno, no vkusnyátina!*

«No es champán francés, claro, pero está riquísimo».

Para mi sorpresa, el camarero asintió, me sostuvo la mirada y sonrió antes de responder:

—*Prekrásnoye vinó —dlya isklyuchítelnoy zhénshchiny*.

«Un vino excelente, para una mujer excepcional».

El acento no era ruso, pero la pronunciación era correcta. Sentí curiosidad. Los años en España estaban transformando mi carácter: el gesto reservado, casi huraño, que en Moscú me protegía del mundo, se iba agrietando sin que me diera cuenta.

Antes no habría cruzado ninguna palabra con un camarero, y mucho menos en mitad de un teatro, tras una frase lanzada con ligereza. Pero algo en ese joven —su mirada tranquila, la soltura con que respondía, el eco inesperado de mi idioma en su boca— desarmaba mis defensas.

Me descubrí queriendo saber más, como si el silencio ya no bastara.

—Conoces bien el idioma, ¿dónde lo aprendiste?

—En Serbia, mi nombre es Darko.

XV

Moscú, Rusia
Enero 2025 d. C.

Cae la tarde, con el sol ya huido tras un tímido lavanda allende la línea del horizonte. En el parque Gorky, los niños dibujan curvas sobre el espejo de hielo, mientras el crujido de la superficie, castigada por las cuchillas afiladas, resuena con un eco breve. Las parejas de enamorados se deslizan unidas de la mano, ante la mirada silente de abedules, álamos y robles.

Cuando era niño, mamá solía susurrarme al oído que la música de vals que ascendía desde el río hechizaba aquellas ramas desnudas, desprovistas de follaje por el invierno. Bajo el velo de nieve, la corteza agrietada parecía desvanecerse, y los árboles se convertían en fantasmas.

Yo los observaba con cierto resquemor, preguntándome si en algún momento echarían a correr por los senderos blancos que rodeaban los accesos a la pista helada. En cada giro, volvía los ojos hacia ellos con ansiedad, especialmente cuando el ulular del viento mecía sus cuerpos.

No es hasta entrada la noche, cuando la luna riela sobre el cristal helado y una constelación de luces de colores —rojas, azules, ámbar y lilas— se derrama sobre la superficie como caída del cielo, que por fin la imagen de Anastasia surge entre la bruma. Ella sonríe, ajena a mi espera. Los destellos artificiales titilan a su paso sobre los cristales del hielo. La música —ahora *El lago de los cisnes*, la favorita de mamá— flota en el aire como un recuerdo. Anastasia camina de puntillas, como si danzara una coreografía ignota. Envuelta en un abrigo gris humo, con sus ojos verde mar tan cerca, evoca la figura de un gato siberiano.

Anastasia —Nastia, en mi corazón— me ase de la mano con suavidad.

—*Privet*, Iván. ¡Vamos a patinar!

Y danzamos. Danzamos durante horas.

Al principio, tenía miedo. Han pasado tantos años desde la última vez que me deslicé sobre esta pista. Me he caído una infinidad de veces; tengo el culo mojado. Ella ríe.

Es extraño. Escucho la voz de Anastasia a mi lado, la alegría viva de sus carcajadas y, por un instante, me parece que son las palabras de mamá las que brotan de sus labios. Una melodía acaricia mis sentidos, los endulza con su miel.

Me siento confundido, desubicado. Ya no distingo si es hoy o si continúo patinando dentro del recuerdo.

—Tengo hambre, Anastasia.

—¿Te apetecen unos *blinis* y un vino caliente?

—Síííí.

Retornamos los patines y nos acercamos a uno de los numerosos puestos ambulantes de comida que salpican el perímetro del parque. Ahora que mis piernas se han detenido, la baja temperatura me atraviesa el cuerpo con una punzada. Acojo el vino caliente entre los guantes como una bendición, un alivio casi sagrado. Con lágrimas de felicidad, respiro el vapor humeante que me reconforta el rostro y desciende, raudo, por la garganta con cada sorbo.

—Háblame de mis padres, tía. ¿Qué ocurrió entre ellos?

La expresión risueña de Anastasia se torna ausente, con una ojeada fugaz dirigida a la pista, como si añorara volver a ella en lugar de enfrentarse a mis preguntas.

—No me resulta fácil hablar de ello.

—Por favor, tía.

Ella bebe un trago largo, hasta que la voz del gato siberiano se acurruca en mis oídos.

—Joshua, a su estilo, amaba intensamente a Katya. Y ella le correspondía como una esposa agradecida.

—¿No fueron felices?

El desconcierto de mi pregunta provoca que las pupilas de Anastasia se apaguen como el cabo de una vela que continúa humeando, como si se negara a morir del todo.

—La felicidad, al igual que la alegría, es una noción con numerosos matices.

Inconscientemente, encojo los hombros, intentando adivinar el trasfondo de sus palabras.

—Por favor, habla claro, tía.

—Hay hombres que, cuando se casan con una mujer más joven, olvidan que su esposa también tiene necesidades.

—¿Te refieres al sexo?

—Al inicio del matrimonio, Joshua sentía un fuerte deseo por Katya, la adoraba. Tu madre no se encontraba enamorada, pero buscó en él la protección y el refugio que necesitaba. Con el tiempo, desarrolló hacia su marido un cariño intenso, más fraternal que conyugal.

—Mis padres se querían. Lo sé.

—Después de tu nacimiento, Joshua perdió el deseo. Katya siempre fue una mujer ardiente. Se esforzó en seducirle, pero el hecho de dormir en habitaciones separadas, la atención exclusiva al bebé, las huidas de Joshua al bar, y una soledad que creció con los años, la fueron amargando poco a poco.

—¿Estás afirmando que mi padre no cumplía en la cama?

Anastasia cierra los puños, exhala un suspiro, y luego deposita una mano lánguida sobre mi hombro.

—Lo siento, cariño.

—Continúa, por favor.

—Está bien. No fue solo una cuestión de carencia de relaciones íntimas. Joshua se alejó de ella. Se sentía más cómodo con los amigos del bar, practicando atletismo, o acompañándote a los partidos de fútbol cuando eras pequeño. Mientras tanto, su mujer fue quedando reducida a poco más que una sirvienta.

Intento evocar la imagen de mi madre en aquellos años: cuando apartaba su mirada de la mía y se encerraba en su dormitorio, o cuando la acompañaba a la iglesia ortodoxa en Altea y me apretaba la mano frente a los iconos dorados, con los labios trémulos mientras rezaba una oración.

Aprieto los dientes y trago saliva.

—Recuerdo la tristeza en sus ojos.

—Katya solo recuperaba la alegría cuando, dos veces al año, regresaba a su amada Rusia. Era entonces cuando se reencontraba con su pasado y con una tierra que añoraba desde la lejanía.

Siento un picor en los ojos y me limpio con la mano unas legañas imaginarias.

—Mi padre nunca nos acompañó.

—No. Joshua y Katya se convirtieron en dos extraños bajo el mismo techo. El cariño no desapareció, pero tú te convertiste en la principal razón de sus vidas. Joshua era un hombre profundamente religioso, con un férreo sentido del deber hacia la familia. Jamás se habría divorciado, ocurriera lo que ocurriera.

Reflexiono con amargura, aunque en mi interior ya presentía la confesión. En el estómago, un molusco hermético abre su concha para alumbrar una verdad que he conocido desde el inicio.

—Tú y mamá también mantuvisteis una relación tumultuosa.

Anastasia me observa, sorprendida. Cambia el peso de una pierna a otra y da un bocado con rabia a las tortitas. Comienza a toser; durante unos instantes temo que pueda atragantarse, pero toma un sorbo de vino y, poco a poco, recupera el control antes de contestar.

—Supongo que te refieres a los primeros años, Iván. Cuando Katya llegó a España y yo todavía estaba casada, antes de que mi marido me abandonara por otra mujer mucho más joven.

Su desaliento provoca que baje la mirada, avergonzado.

—Lo lamento, tía. No quería incomodarte.

—No te preocupes, cariño. Aquello ocurrió hace mucho tiempo. Katya se encontraba profundamente amargada y yo me comporté como una idiota presuntuosa.

—La desaparición del abuelo Aleksándr, al igual que ocurrió con la abuela Aliona, supuso un duro golpe para ella del que no se recuperó.

La boca de Anastasia se transforma en una línea hermética. Evoca sucesos enterrados que no desea aflorar.

—Katya poseía un carácter visceral. En mi caso, el dolor fue interno, escondido detrás de una máscara teatral. Para ella, en cambio, las emociones eran profundas e instintivas; no pasaban por

filtros racionales o deliberados. No controlaba sus impulsos. Me llamaba por teléfono a cualquier hora para acusarme de no haber hecho lo suficiente para que mi marido protegiera a nuestro padre de aquel demente que, según creíamos, había ordenado su desaparición. Se trataba del hermano del comisario de la antigua KGB, que durante años persiguió a nuestra familia. Lo cierto es que nunca se esclareció lo que en realidad sucedió.

Me quedo en silencio. Siento que algo se desajusta dentro de mí, como una piedra que se suelta y cae, golpeando las paredes hasta lo hondo de un pozo. Una parte de mí desea seguir indagando, juntar piezas, entender. Pero otra, callada y prudente, solo anhela encontrar un lugar donde sentarse.

—Mamá te envidiaba, tía.

—Probablemente. Ella se lamentaba de su precariedad frente a la opulencia de la que, en aquellos años, yo disfrutaba gracias al dinero de mi esposo. Intenté ayudarla, pero he de confesar que la soberbia me cegó. Me halagaba humillarla, sobre todo cuando se veía obligada a recurrir a mí. Pero también la envidiaba por su fortaleza. Katya era una roca frente al viento. Yo carecía de su coraje.

—Al menos, luego os reconciliasteis.

—Sí, tras mi divorcio. Es curioso, Iván. Las mujeres rusas, en lo más profundo de nuestro ser, siempre pensamos que un día nuestro esposo nos abandonará por otra más joven. Es un pensamiento que, incluso, no nos atormenta. Lo concebimos como algo natural, algo consustancial al paso de los años.

Apuro la última lágrima del vino y, con un leve ademán, solicito al vendedor del puesto ambulante otra ronda. Entonces respiro. Ha llegado el momento. Me llevo despacio las manos a la cara, oculto el rostro durante unos segundos y, finalmente, apoyo las palmas sobre los hombros de Anastasia.

—Creo, tía, que ya es hora de que me hables de Darko.

XVI

Altea, España
Abril 2002 d. C.

La primavera recubría las montañas de Altea con un verde joven y tembloroso. No era un manto uniforme, sino salpicado de matices, entre un iridiscente esmeralda y la serenidad del olivo antiguo, como pinceladas breves de color.

Recuerdo con claridad aquella mañana de domingo en el Club de Tenis: olía a romero y a tomillo. El sol, nublado y virulento, caía sobre el polvo rojizo de las canchas, donde las huellas de los jugadores levantaban espirales con trayectorias fugaces. Al fondo, el susurro turquesa del mar se diluía entre los golpes de raqueta y, en la esquina derecha, se vislumbraban entre la luz grisácea las cúpulas azules y blancas de las torres de la iglesia.

Era mi primera clase de tenis. Joshua e Iván se encontraban en el cercano pueblo de Calp, en el entrenamiento matinal de fútbol al que mi hijo acudía todos los domingos, y no regresarían hasta la hora del almuerzo. Ellos insistían en que los acompañara, pero yo siempre encontraba un pretexto para no hacerlo. Mi iniciación en el deporte de la raqueta supuso un alivio, y mi argumento sobre la necesidad de practicar ejercicio para evitar la herrumbre de los huesos no levantaba ninguna sospecha.

Ocurrió como suelen suceder las fatalidades, bajo el hado juguetón del destino. Al apuntarme a las clases individuales en el Club, me encontré con una inesperada sorpresa: el monitor asignado resultó ser Darko, aquel joven camarero de origen serbio cuya inesperada soltura en ruso aún recordaba desde el ballet de Navidad.

—No te preocupes, Yekaterina Aleksándrovna. Novak Djokovic es un primo lejano mío —fanfarroneó en nuestro segundo encuentro.

Le estudié con atención durante unos segundos.

A pesar del sarcasmo y esa sonrisa artificial de anuncio de dentífrico, las similitudes con la estrella del tenis resultaban asombrosas: alto, delgado, moreno, con una musculatura felina, más hecha para la elasticidad de un junco acariciado por el viento que para la fuerza bruta del hierro en la cabeza de un martillo.

—No me preocupo, Darko. Y puedes llamarme Katya.

—¿Y no prefieres Katenka, Katyusha o Katyonok?

Había una sensualidad intensa en la manera en que se movían sus labios. En su voz percibía matices de cercanía, de ternura y de un peligro excitante.

—Son variantes en ruso con las que te podrías sentir más cómoda —añadió.

Su rostro alargado, de rasgos serbios marcados, transmitía una masculinidad arrolladora: pómulos altos, mandíbula firme, ojos oscuros y profundos que parecían calcular el siguiente paso de un leopardo. Llevaba el cabello corto, ligeramente despeinado, con esa despreocupación que solo tienen quienes dominan el arte de cazar presas indefensas.

—Simplemente, Katya.

Me aproximé a él, con la fuerza de mis ojos verde mar frente al ónice de los suyos, consciente del efecto irresistible que mis pupilas solían provocar en los hombres. Ante lo imprevisto de mi gesto, tragó saliva y retrocedió un paso.

Sonreí para mis adentros: todavía estaba por decidir quién era el cazador y quién la presa.

Él me guiñó un ojo, asió el cesto de las bolas de entrenamiento y, con la bolsa de las raquetas al hombro, se dirigió con paso ligero hacia las pistas.

—Veamos qué tal te desenvuelves —murmuró sin girar la cabeza.

Lo seguí en silencio, obediente como un caniche, chasqueando los dientes para contener la risa, sin apartar la vista de su bonito trasero.

Los ejercicios de calentamiento desentumecieron mis músculos. Al principio, Darko me habló con palabras contritas y gesto torvo. Yo seguía sus instrucciones como una autómata, estudiando el desajuste entre el nerviosismo de sus movimientos y la sequedad de

sus órdenes, mientras me regodeaba en ese vaivén entre lo visible y lo audible.

En los veinte minutos siguientes, me enseñó las distintas posturas de los pies, las empuñaduras con que debía sujetar la raqueta, mientras mantenía el equilibrio con la otra mano, y comenzó a lanzarme bolas que yo intentaba golpear con escasa fortuna.

—La cabeza de la raqueta alta, Katya. Las piernas ligeramente flexionadas y el cuerpo hacia adelante en el momento del golpeo.

—Soy una negada —me quejé.

—Vamos, es un deporte complicado, pero puedes lograrlo.

Al perseguir una pelota, tropecé y acabé en el suelo, con la falda blanca, las piernas, la camiseta y la cara cubiertos de arcilla roja. Mi desastrosa pericia sobre la cancha comenzó a desanimarme. Quizás el tenis no era el refugio que había imaginado, y las ilusiones repentinas que brotaron tras el reencuentro con Darko no eran más que un desvarío.

—Espera, Katya, repetiremos el ejercicio paso a paso.

No fue hasta que sentí el contacto de su cuerpo contra el mío que mis sentidos me traicionaron. Darko se situó a mi espalda, tan próximo que el calor de su torso me acariciaba a través de la camiseta. Sus manos envolvieron las mías con una firmeza inesperadamente delicada. Su aliento lamía mi nuca.

—Así —susurró, guiando mis brazos en un movimiento pausado, como si el mundo se hubiera reducido al arco que dibujábamos juntos en el aire.

Su cuerpo se alineó con el mío. Sentí su peso empapar mi espalda con la arcilla roja, su muslo apenas rozó el mío y el ritmo acompasado de su respiración desordenó la mía.

No estaba segura de si fingía enseñarme o si también se entregaba al engaño de la cercanía, como yo.

—Gira la muñeca, no del todo, Katya. Eso es. Ahora empuja hacia adelante.

El roce de sus labios, apenas perceptible junto a mi oreja, fue un accidente deliberado. Un escalofrío me recorrió desde la base del cuello hasta el vientre. Sostenía la raqueta con las manos aún

atrapadas en las suyas, temblorosas, sin atreverme a moverme ni un centímetro.

—Siente el golpe antes de realizarlo —dijo.

Y entonces supe que el juego había cambiado. Que ya no se trataba del tenis. Ni del cuerpo. Ni de la técnica. Sino de otra cosa que había estado aguardando en silencio desde nuestro encuentro en Navidad.

XVII

Moscú, Rusia
Enero 2025 d. C.

Las calles de la ciudad continúan siendo una ratonera para el tráfico, incluso a esta hora de la noche. La miríada de luminarias que serpentea entre los carriles es una procesión de ciempiés que avanza con una lentitud exasperante. Observo la carrera inexorable del taxímetro, me reclino con un bufido en el asiento trasero y miro el reloj con impaciencia: aún quedan veinte minutos para regresar al hotel, después de haber dejado a Anastasia en la puerta de su casa.

Ya no quedan transeúntes; las aceras heladas duermen hasta el amanecer. Es curioso: apenas se ven los clásicos taxis *Lada*. Ahora, la mayoría de los vehículos, pintados con ese maíz que encuentras en casi todas las ciudades del mundo, pertenecen a fabricantes extranjeros: *Skoda, Kia, Toyota*, incluso algunos chinos.

Me pregunto cómo le habrá afectado a la gente el bloqueo por la guerra con Ucrania. Apenas he notado efectos durante este tiempo.

En el parque Gorky he revivido sensaciones que creía olvidadas. Al principio, los patinadores deslizándose sobre el hielo, las luces de colores, la música de vals emergiendo de los altavoces, el aroma del vino caliente, nada de eso logró devolverme a la infancia. Fue en el instante en que Anastasia me dio la mano —avanzando unidos sobre la superficie helada— cuando algo en mi mente rasgó el velo. El adulto se desvaneció, y en su lugar quedó el niño que patinaba de la mano de mamá. Entonces sí, todo despertó: los chicos deslizándose, los cristales de colores, la melodía en mis oídos, el frío de la nieve en la nariz. Todo era igual que entonces.

Qué extraño… otra vez sentí que fue mi madre quien me dio la mano, no mi tía.

A veces me pregunto si es un deseo enterrado en mi mente que aflora desde el subconsciente, o si en realidad ella no es quien dice

ser.

Debo de estar perdiendo la cordura.

—Hasta mañana, cariño. Aguardaré ilusionada tu llamada.

Las charlas con Anastasia me reconfortan. Son como bloques de hormigón en un puerto: resisten la embestida de mis miedos internos, esos que aún se preguntan por qué me abandonaste, mamá. Con cada encuentro, coloco una nueva pieza en el puzle desordenado de mis recuerdos. Cobran vida todas aquellas visitas repentinas que la tía hizo a Altea. Sus confidencias, pese a la incomodidad de mis preguntas, revelan hasta qué punto he vivido sumido en una arrebolada ignorancia. Su sinceridad ha desnudado el enfrentamiento que ambas mantenían.

Aquí, en el taxi, mientras llego rendido al hotel, repaso sus palabras. Contemplo a las dos gemelas ante mí —madre y tía— como una obra de teatro que se escenifica en mi memoria, sentadas en el sofá de nuestro hogar, cada una con una taza de café entre las manos, mientras permanezco en silencio, hundido en esta butaca trasera:

—Qué sorpresa encontrarte de nuevo en Altea, Anastasia Aleksándrovna. Últimamente no hago más que tropezarme contigo. ¿Le estás tomando cariño a la playa y al sol del Mediterráneo?

—No eres justa, Katya. Me preocupas, por eso estoy aquí otra vez. Lo que estás haciendo con ese serbio es un completo dislate. No es propio de ti.

—¿Y eso por qué? ¿Acaso no tengo derecho a la felicidad?

—No digas estupideces. Siempre fuiste la más juiciosa de la familia. ¿Qué te ha ocurrido, hermana, para perder el seso?

—Tú también te enamoraste. Claro, antes de que tu marido te abandonara por otra más joven.

—Eres una zorra perversa, Katya. Yo no jugué a los dados con mi familia como lo estás haciendo tú.

—Habló doña Perfecta, la bienaventurada del destino que nunca se mancha las manos.

—Eres imposible, hermana. Olvidas que tienes un hijo y un marido que te quieren.

—No necesito tus monsergas, Anastasia Aleksándrovna.

—Dime, Katya, ¿realmente merece la pena?

—No lo comprendes. Llevo más de diez años enterrada en una tumba. Merezco una resurrección.

Se produce un silencio, ninguna de las mujeres habla. Es finalmente mi madre la que se levanta del sofá y se dirige a un aparador de donde extrae una botella medio vacía de vodka y dos vasos. Anastasia no la mira, es como si quisiera esquivar la memoria. Cuando Katya se sienta a su lado sirve los vasos y una lágrima resbala por su mejilla.

—¿Recuerdas a mamá, Nastia? Ella también bebía.

Anastasia entierra la cabeza entre las manos, llora, es la primera vez que su gemela la llama por el diminutivo íntimo después de tantos años.

En la siguiente escena, los decorados han cambiado. Es la habitación de un hospital con paredes azules. Mamá está recostada en una camilla, cubierta de moratones. Una vía sobresale de su brazo derecho y asciende hasta un gotero vertical. En la mesilla blanca hay unas flores malva. Anastasia le sujeta una mano.

—Tienes que denunciarle, Katya.

—No puedo. Tú no lo comprendes. Le deportarían a Serbia y no volvería a verle.

—La policía investigará de todas formas.

—No. Creen que me caí por las escaleras, Nastia. No hay testigos que le vieran empujándome.

—Te protegeré. No permitiré que vuelva a hacerte daño.

—No lo hizo a propósito. Tiene demasiados diablos dentro.

Anastasia endurece el gesto, aprieta el puño con ira, como si quisiera estrujar el aire y reducirlo a la nada.

—Es un loco peligroso.

—La culpa no es únicamente suya. Si hubieras vivido lo que él ha sufrido, quizás actuarías igual.

—¿Le justificas? ¿Vas a ser como esas mujeres rusas que se enorgullecen de que sus maridos las peguen? ¡Ni siquiera es tu esposo!

—Le amo. Es suficiente.

—Si los horrores de la guerra le devoran las entrañas, debería ir al psiquiatra, Katya.

—Me lo ha prometido. Se arrepiente cada vez que me golpea.

—Simplemente es un hijo de la gran puta.

—Cada noche, Darko se despierta con una pesadilla. Se levanta y se encierra en el baño. Grita, gime, llora. Yo le escucho, ovillada desde la cama.

—Hay mucha gente que ha perdido seres queridos en una guerra, pero no se convierten en tarados. En Rusia estos temas no nos son ajenos.

—Tienes razón, Nastia. Aunque ponte en su lugar: fue soldado en la guerra contra Croacia. Piensa en el trauma que vivió. El odio, las mutilaciones, las torturas, la limpieza étnica. ¿Acaso crees que cualquier ser humano no puede convertirse en una alimaña despreciable según las circunstancias?

—Soy mujer. Las guerras son cosas de hombres. Y muchos se enorgullecen.

—Imagínate haber sobrevivido a todo ese holocausto. Volver más tarde a tu hogar en Belgrado. Y sufrir impotente mientras la OTAN bombardea tu casa, aniquilando a tu mujer, tus dos hijos y tus padres. Imagina abandonar tu país, lleno de odio, para empezar una vida nueva en una tierra ajena. Yo le comprendo. Yo también tuve que dejar mi hogar.

Anastasia besa a mamá en la frente y le coloca con ternura los cabellos dorados detrás de la oreja.

—¿Hasta cuándo vas a seguir justificándole, Katya? Vuelve con Joshua e Iván. Olvídale. Ellos te quieren de verdad.

—No. Añoro a mi hijo, pero encontraré la forma de recuperarlo junto al hombre que amo.

Cae el telón, he llegado a mi destino. Entrego unos rublos al conductor sin mirar la cifra que marca el taxímetro. Mi cuerpo se mueve con torpeza, como si aún estuviera atrapado en aquella habitación azul. El aire nocturno me golpea con su aliento gélido cuando abro la puerta y bajo del taxi. Entonces cruzo la acera como un sonámbulo. El neón blanco del cartel del hotel parpadea,

averiado, proyectando sombras breves sobre el asfalto cubierto de nieve.

XVIII

Altea, España
Junio 2002 d. C.

Al inicio del estío, ya permanecía más tiempo en casa de Darko que en la mía. Aunque, quizá, debería ser más precisa: en realidad, me había instalado de forma perenne en su cama. La vivienda era un bajo, en la parte alta del pueblo, escondida detrás de la iglesia, entre callejuelas de paredes encaladas adornadas con macetas de petunias violetas, campanillas azules y lantanas amarillas, todas atrapadas por garfios de hierro negro.

En el interior, los techos eran altos, aunque los habitáculos, reducidos: un baño en el que se caía constantemente la barra de la cortina de la ducha; un dormitorio ocupado por una cama de gigantes que parecía haber devorado la estancia; y una cocina americana envejecida, alimentada por una bombona de gas, donde el olor de las frituras de pescado navegaba como un velero por la sala de estar. Al pasar el dedo por la encimera, nunca encontré grasa. Darko era meticuloso con la limpieza.

Los armarios también eran viejos, igual que el sofá, cuyo asiento se hundía al recostarse. Cuando nos tumbábamos abrazados, yo prefería estirarme encima de su cuerpo, como si fuera un colchón. Miraba a mi alrededor y sonreía.

—Es como en las películas —decía—, un nidito de amor.

He de confesar que solo había un elemento que me perturbaba. Desde el alfeizar de la ventana del salón, solía observar con inquietud el patio de vecinos, donde retozaba el perro de Darko, Wimbledon. Un bulldog francés, de color y alma de obsidiana, tan chato que parecía haber chocado la nariz contra una puerta y que esta se le hubiera plegado como un acordeón. Más allá de la ironía tenística de su nombre, desde el primer momento cruzamos una mirada torva. No nos caíamos bien. Tal vez eran los celos: ambos

creíamos que Darko nos pertenecía y ninguno estaba dispuesto a compartirlo. Por eso, desde que empecé a vivir en la casa, el chucho se cagaba y meaba en el dormitorio, justo en mi lado de la cama.

—Antes nunca había hecho algo así —afirmaba Darko.

—Es por mí. Nos observa cuando hacemos el amor.

—Absurdo, Katya.

—Nuestro olor lo excita. Quiero que lo encierres en el patio.

—Exageras, cielo.

—Átalo. Me da miedo.

—Pero si es un amor. Ya lo verás.

—Cuando yo venga, prefiero encontrarme fuera de su alcance.

En cada una de mis visitas, el cancerbero de Venus detectaba mi presencia. Desde la terraza anexa, lo oía ladrar con desdén, como si vociferara algún juramento o maldición en mi contra. Entonces, intentaba sin éxito subir el volumen de la música para enmascarar sus gruñidos y olvidar aquellos ojos saltones. En más de una ocasión barrunté que la solución definitiva consistiría en tomar la pistola que Darko conservaba de su etapa de soldado, en una caja oculta en el fondo del armario, y descerrajarle un tiro a bocajarro.

—No la devolví. Es demasiado valiosa. ¿Te gustaría probarla, Katya? —decía Darko, intentando seducirme.

El arma no me resultaba desconocida. Al contrario, se trataba de una Tokarev TT-33 de origen soviético, una pistola fiable que había sobrevivido a distintos ejércitos comunistas con el transcurso del tiempo. Recuerdo que, cuando Darko me la mostró como una perla guarnecida en su concha, no pude evitar retroceder en el tiempo: era la misma arma que papá me enseñó a manejar en mi juventud. Él me acariciaba la mano con delicadeza, percibiendo la melancolía que las memorias dibujaban en mi corazón, y proponía que realizáramos unas prácticas de tiro, internándonos en el bosque por alguno de los caminos que llevaban a una cala aislada, donde el rugido del mar se fundía con el disparo, amortiguando su virulencia.

—¿Recuerdas, Katya?

Evoco los momentos de complicidad, las conversaciones íntimas con una copa de vino tinto. Nuestras cenas, sentados en el sofá, con la mesa baja frente al televisor, mientras veíamos una película en

VHS. Darko solía preparar un aperitivo con queso manchego, jamón ibérico y picos de pan en aceite de oliva, acompañado de una variedad de frutas: fresas, mango, frambuesas y arándanos. Casi puedo saborearlas de nuevo, fundiéndose en mi boca con la dulzura de entonces.

—¿Y los besos?

No podría olvidarlos, incluso aunque lo deseara. Fingir que no existieron, que son trucos deshonestos de la memoria, un pasado reconstruido para disfrazar el dolor. Sin embargo, el roce de sus labios en mi cuello, en un ascensor, cuando se aproximaba por la espalda al abrir la puerta con la llave; mientras recogía mi cabello dorado tras la oreja, y sus labios ascendían desde la base, lentamente, con un leve roce de la piel —sin humedecerla, solo un susurro, el aliento de su respiración—. Todavía me encuentro allí: el latido desbocado, los ojos cerrados, la huella indeleble del placer. Esos ojos verde mar que él decía le ahogaban el alma.

Intento revivir imágenes fugaces, o quizá resistirme a abandonarlas. En la cama, en el sofá, sobre la alfombra, él lamía los dedos de mis pies con ternura, el tiempo detenido, uno a uno. Yo estiraba las manos, reprimía —en vano— un suspiro, un quejido, un grito de dulce agonía. Exploraba mi piel, recorría el interior de los muslos, acariciaba la fuente, mordía los pezones, las nalgadas. Yo le exigía que intensificara la fuerza, pero él silenciaba mis labios con un beso.

Un día, él me preguntó si escribiría sobre nuestros encuentros íntimos, nuestra historia, el relato entre una mujer rusa lejos de su hogar y un náufrago que se aferraba a sus pupilas verde mar y a sus cabellos de sol. Yo le respondí que sería imposible, porque entonces significaría que nuestro amor se habría convertido en un susurro de viento, en un pálido velo rasgado. Como recordar cuando me montaba por detrás, con su imagen reflejada en el espejo, el sudor en su piel, el aroma del vientre, el abrazo con mi espalda reposando en su torso.

El tronco de la vid en mi boca.

Yo era fuego; él, agua.

Yo rugía con la fuerza de la leona; él reptaba con el veneno del escorpión.

Yo le poseía; él me silenciaba.

Las noches sin luna, la alondra, la siesta, el desvelo.

Una mesa, una bañera cuya espuma se desborda, el torrente en la ducha.

Una falda que se levanta, un calzoncillo que desaparece.

Mi boca en la suya, aunque él decía que no sabía besar. Me pedía que no cerrara los dientes, que le agobiaba la fuerza de mi deseo, que reposara el cáliz sorbo a sorbo, la pausa eterna, no de un trago.

Pero yo no tenía amarras. Era un velero impulsado por el viento, el ansia del vuelo del águila, un tronco que se calcina.

Yo grito con el aullido del lobo; él guarda silencio.

Yo era fuego; él, agua.

Y, sin embargo, me desnuda, me convierte en su perra. Tira de mi cabello como si fuera una yegua, logra que me retuerza: soy una serpiente de cascabel.

Y yo le deseo con el brillo en los ojos, con la garganta seca, anhelante de saciarme con su agua.

Lejos de Volgogrado, lejos de Moscú, lejos de casa.

XIX

Moscú, Rusia
Enero 2025 d. C.

El desvelo en la cama, otra noche solitaria bajo el amparo romo de las sábanas. No logro conciliar el sueño. Desde mi llegada a Moscú, cada madrugada me visita un aullido sin sonido. No comprendo si es una advertencia o una premonición. Siempre ocurre del mismo modo: instantes antes de alcanzar el clímax, sumergido en una felicidad singular.

Son imágenes oníricas, inconexas: el olor a resina en la iglesia de madera en Altea, el frío en las manos sobre la pista de patinaje del parque Gorky, la dulzura algodonosa en mi boca, del azúcar de los puestos navideños de la plaza Roja, la figura velada de mi madre... Es entonces cuando llega el chillido silencioso, y todo se desvanece. Quedo solo, despierto a la realidad del destierro, en otra madrugada.

Una punzada me atraviesa el pecho. Cómo desearía que fuera mi madre la que siguiera viva, la que me recibiera con una taza de té caliente entre las manos, en su casa, y no Anastasia.

Lo sé… no es justo.

Me giro hacia la mesilla y, a tientas, alcanzo el teléfono móvil en la oscuridad. Son las cuatro de la mañana. Fiel a su llamada cíclica, como el giro inmutable de una rueda de tiempo, permaneceré despierto un par de horas antes de volver a recuperar el sueño. Después sonará el despertador, con su martilleo constante, antes de que consiga regresar lentamente al presente. Entonces, abandonaré el lecho con dolor de cabeza, ante el inicio de un nuevo día.

—Padre.

Su imagen surge inesperada entre la bruma, como un fantasma sentado en una silla junto a la cama, velando mi descanso. Su rostro es indefinido.

A veces es el Joshua vigoroso de mi infancia, el que se desgañitaba en la banda cuando, en un partido de fútbol, un rival me acometía con una patada a destiempo. Recuerdo también aquel día en que otro padre gritó desde las gradas: «¡Chino asqueroso!». Joshua no dijo nada, pero su mandíbula se tensó, como si masticara piedras. Luego se levantó y le partió la cara.

También está ahí, al final de los entrenamientos, insistiendo en que apure el bocadillo de mortadela y el omnipresente plátano con el que, según él, recuperaría la energía.

Su semblante es el de un dios: poderoso, altivo, severo, pese a su escasa estatura. Huele a sudor de caucho y almizcle. Me encanta su aroma.

El sol da vueltas como una peonza; me mareo si fijo la vista en él.

Ahora soy un adolescente. Desafío a Joshua en una carrera por la playa. El viento sopla a mi espalda y me empuja con patas de caballo. Él es un león, con una ranura angosta en los ojos.

El astro rey nos observa: abrasa. Inhalo hondo, aprieto los dientes, siento el sudor, el ardor en los tendones.

De la arena surgen manos que agarrotan mis piernas. Los jadeos ahogan mi respiración, pero el felino queda atrás.

Alcanzo la meta el primero.

Estoy exhausto. Me dejo caer en la orilla, y el agua, cómplice, esconde mis rodillas.

El león ríe y se abalanza sobre mí. En el abrazo, rodamos juntos entre las olas.

—¿Recuerdas, hijo?

Vuelvo atrás en la rueda. Nos encontramos en la iglesia, en ese eterno retorno al templo ortodoxo ruso, con sus cúpulas doradas frente al mar. Sal y madera. Incienso y mirra. El arcángel San Miguel, con su espada, divide en dos a mamá y papá. Los iconos dorados son bellos. Aprieto la mano de mamá. Intento aliviar la melancolía de su rostro. Al león le crecen arrugas en la piel amarilla, y su melena se marchita. Aún conserva el rugido, pero mamá y él recorren el altar cada uno por su lado.

—A Katya, tu madre, la amé.

El rey de la selva finge no ver. Sonríe al contemplar la felicidad del cisne cantor siberiano.

—Ella posee alma de ballet.

Joshua respira tranquilo, en un acuerdo tácito. Es consciente del fulgor lozano del fénix renacido. Todavía es joven, y tiene derecho a comer de la manzana. Él se conforma con migas de pan. No obstaculizará el camino, mientras lo arropen por la noche y el cachorro crezca sano. Pero el cisne no se conforma con la puerta abierta de la jaula. No regresa. Se escucha una tenue melodía. A lo lejos, se distingue un lago. El baile la arrastra, se pierde en la distancia.

—*Sit tibi terra levis*.

«Que la tierra te sea leve».

Luce el sol, y, sin embargo, llueve. Es un cielo oscuro que no calienta. Estamos en el cementerio de Altea: nubes negras, lápidas en tinieblas.

El *pope*, vestido de nieve, bendice el ataúd de caoba. Desciende lentamente, sostenido por cuerdas, amarrado a su nueva morada.

La sonrisa de mamá se ha difuminado.

Y, sin embargo, recuerdo el brillo iridiscente de sus ojos en los últimos meses: volaba tan alto que perdí su silueta en el aire, hasta que se desvaneció en un punto lejano.

Las palabras de la homilía suenan huecas. Joshua sostiene con una mano el paraguas verde mar y apoya la otra sobre mi hombro.

El león ya no tiene mandíbulas.

—¿Necesitas algo, papá?

El león envejecido es ahora un armadillo dorado que se oculta bajo tierra. Temeroso de la luz, duerme la mayor parte del tiempo en una cueva, celoso de su privacidad.

Ya no subimos hasta la cima del peñón de Ifach para deslumbrarnos ante un horizonte sin límites, con la brisa en el rostro.

Sus ojos están cubiertos por un yelmo. Atraviesa la calle sin prestar atención al tráfico.

No escucha el frenazo del autobús.

El armadillo queda con el lomo bocarriba, inmóvil.

XX

Moscú, Rusia
Enero 2025 d. C.

La sala de estar en casa de Anastasia se ha convertido en mi segundo hogar. Ella prepara el té en el samovar, mientras el gato, de ojos amarillos, ronronea a mi alrededor. Se acurruca contra mis piernas, deseoso de que lo suba a mi regazo y lo acaricie. O quizá su único anhelo sea atrapar uno de los pastelitos que su dueña ha depositado en una bandeja de bronce bruñido sobre la mesa, y yo no sea más que una herramienta en su subconsciente. Dicen que los gatos son espejo de sus amos.

Hoy, la luz de la ventana penetra con timidez. Los rayos serpentean con recelo sobre las paredes y la estantería repleta de libros, indagan entre los volúmenes y se esconden, como si temieran una última confesión. Aquella que cierre el relato de lo sucedido; una explicación póstuma sobre la desaparición de mi madre. No es que espere, en el desenlace, una epifanía sobrenatural, ni la resolución de un enigma escrito en jeroglíficos del antiguo Egipto.

Siento una sequedad en la garganta, una aridez que suplica el riego de un duelo no resuelto, para que, al fin, la paz abrigue el desasosiego de todos estos años.

—Toma, cariño, el tuyo con miel.

Anastasia regresa con el té. Está exultante, con la cabellera dorada suelta, el brillo iridiscente en los ojos y un elegante vestido verde manzana. Es como si la mujer que me acogió al comienzo de la semana hubiera rejuvenecido. Como si el velo de telarañas que oscurecía su rostro se rasgara un poco más cada día, desentumeciendo un espíritu aletargado por la espera.

—Tía, por favor, cuéntame cómo murió mi madre.

Le espeto el ruego a bocajarro, sin azúcar. La mirada de Anastasia se extravía en la ventana. Más allá, un cielo de nubes

grises se come la ciudad. Ella sujeta las cortinas con avidez, como si necesitara asirse a algo. Respira con fuerza, y una vena palpitante en la garganta delata su conmoción.

Lentamente, Anastasia gira su cuerpo, enfrentando nuestras miradas. Diría que se debate en una lucha interna. Una de sus manos tararea sobre la mesa, mientras sus piernas apuntan hacia la cocina, como si desearan huir de una situación embarazosa.

—Lo que voy a confesarte, Iván, es un secreto que he ocultado durante décadas.

Asiento con un leve ademán de cabeza para entregarle mi confianza, aunque percibo el temblor en sus labios, la duda en los ojos, la angustia en el eco de sus palabras, que llegan hasta mis oídos en una advertencia velada.

—Katya descubrió demasiado tarde que se había enamorado del diablo.

Oculto el rostro entre las manos. Prefiero no mirarla; sé que sus palabras perforarán un pozo en mi alma, pero, aun así, necesito escucharlas.

—La máscara de Darko se desvaneció la tarde en que llegó a casa y encontró muerto en el patio a su perro, Wimbledon.

»El animal ladraba por las noches; los vecinos, desesperados, presentaron denuncias ante la policía, pero sus reclamaciones no surtieron efecto. Y Darko se envalentonó.

»Alguien —se supone que un vecino, aunque nunca pudo demostrarse— arrojó una bola de carne envenenada que acabó con la vida del desdichado can. No es que Katya sintiera devoción por la mascota. Pero nadie pudo predecir el efecto que tendría en Darko: simplemente, enloqueció.

—¿Fue entonces cuando comenzó a golpear a mi madre?

—Katya ya se había convertido en el blanco de su ira con anterioridad. El mal carácter de Darko y los escándalos con los vecinos llegaron a oídos del Club de Tenis y del restaurante donde trabajaba como camarero. Lo despidieron.

»A partir de ahí, todo fue un descenso a los infiernos. Devorado por el alcohol, se volvió un animal desalmado. Su única satisfacción era torturar a tu madre.

—Tú estabas allí. Fuiste testigo. ¿Por qué mamá no escapó y regresó con nosotros? Estoy seguro de que papá la habría perdonado.

Anastasia traga saliva. Las piernas le tiemblan, incapaces de sostener su peso. Por un instante parece que va a desplomarse. Se apoya en la mesa y, finalmente, se deja caer en la butaca. Junta las manos como en una oración y esconde el rostro entre los dedos.

—No lo sé, Iván. Quizá fue el miedo, o la vergüenza. Ella se sentía sucia, indigna. Darko no se cebó únicamente con Katya. También comenzó a acosar a su hermana gemela. Las maldecía, las denigraba. Quería humillarlas de la peor manera. Tenía fantasías oscuras. Juraba que no se detendría hasta acostarse con ambas.

Anastasia comienza a hipar. Regueros de saliva asoman por su nariz, mezclándose en sus labios con las lágrimas que descienden por las mejillas.

No puedo contenerme. Me levanto del asiento y la abrazo.

Una sospecha que me estrangula la garganta escapa en un murmullo.

—¿Te violó, tía?

Ella inhala y exhala con firmeza un par de veces antes de contestar. Luego levanta la mirada y me aprieta las manos.

—Todo ocurrió muy rápido, hijo. No pude detenerme a pensar. No me arrepiento de lo que hice. Tenía que vengarla. Tenía que acabar con aquel demonio.

Entonces calla. Su declaración me paraliza. Me siento confundido. Necesito saber más. Estoy a punto de preguntarle qué quiere decir, pero me silencia apoyando su mano sobre mi boca. Sus palabras son un cuchillo afilado.

—Aquella tarde salí temprano del trabajo y llegué con tiempo al apartamento. Quería preparar un pastel ruso de bienvenida. Anastasia aterrizaría en breve, en otra de sus visitas.

»Al abrir la puerta, la encontré desnuda sobre la cama, inmóvil, violada, estrangulada. Tenía las marcas en el cuello, visibles, como un sello de las manos de su asesino. A su lado, Darko roncaba profundamente, desnudo también, abrazado a una botella vacía de vodka.

»No pude proteger a mi hermana. Tenía el alma desgarrada.

»Entonces cogí la pistola del armario, con un pañuelo, la apoyé con suavidad entre sus dedos y apreté el gatillo.

»No fue un suicidio, hijo. Yo lo maté. Acabé con la vida de ese malnacido.

El descubrimiento me paraliza. Me resisto a creerlo, como si los oídos me hubieran fallado.

—¿Quieres decir que encontraste muerta a mamá y que eliminaste a su asesino?

—No, Iván, hijo. Fue Anastasia la que falleció. Yo soy Katya. Asumí su identidad y me refugié en Rusia. Temía que descubrieran que no había sido un suicidio. Aquí no podían extraditarme. Nunca he abandonado el país. Pero he pagado un precio muy alto. Te perdí. Hasta hoy. Hoy, por fin, te he recuperado.

El silencio me envuelve. Cierro los ojos. No es real.

Sin embargo, es Katya. Mi madre. Todo lo que creía recordar se desvanece, se rompe ante su imagen nítida.

No siento rabia. No todavía. Solo un vacío que se abre despacio, sin ruido, donde antes había preguntas.

Quiero hablar, pero no encuentro palabras. Así que callo.

En ese silencio, ella —Katya, mi madre— me sostiene la mirada con sus ojos de mar.

Índice

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX



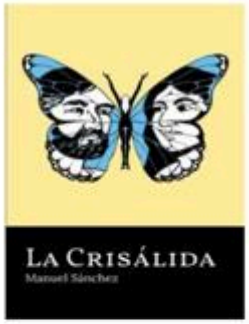
Manuel Sánchez (1967) es amante de la cultura clásica y la literatura desde la infancia. Lector y escritor voraz, es autor de las novelas; *Alma Luna, Navegantes, La crisálida, Las rutas del deseo, Última Thule, Bucaneros de estrellas, El árbol de arena La rosa de nieve y Ojos de mar*. Así como de un libro de relatos, *Cajón de sastre*, y un libro de pensamientos poéticos, *El viento del sureste*. Sus obras, editadas en español, inglés y francés, se encuentran disponibles en formato papel, libro electrónico y audiolibro.

Ingeniero Informático por la Universidad Politécnica de Madrid y MBA por el IE (Instituto de Empresa). Miembro de la asociación literaria de escritores de Madrid (AEM), Castilla La Mancha (AECLM), Quijote y CEDRO. Ha complementado su formación con cursos de creación literaria y arte clásico en diferentes universidades; Escuela de Escritores (Madrid), Universidad de los Andes (Colombia), Wesleyan University (US) y Yale University (US). Viajero infatigable, como trotamundos, ha visitado más de cincuenta países y mantiene una presencia activa en las redes sociales.

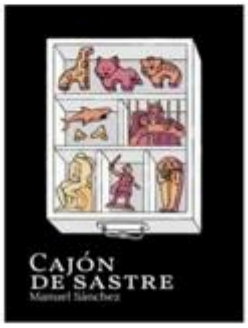
COLLECCIÓN
www.manuelsanchezescritor.com

Edición en Español


LAS RUTAS
DEL DESEO
Manuel Sánchez

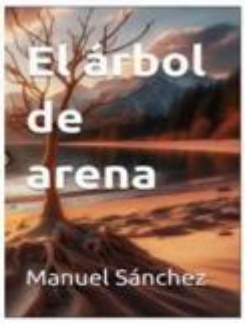

LA CRISÁLIDA
Manuel Sánchez


ALMA LUNA
Manuel Sánchez


CAJÓN
DE SASTRE
Manuel Sánchez

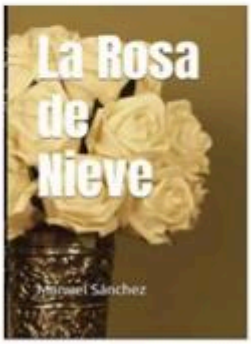

Navegantes
Atrapados en el tiempo de Pandora
Manuel Sánchez


Última Thule
Némesis en el mar del Norte


El árbol
de
arena
Manuel Sánchez


BUCANEROS DE ESTRELLAS
Manuel Sánchez

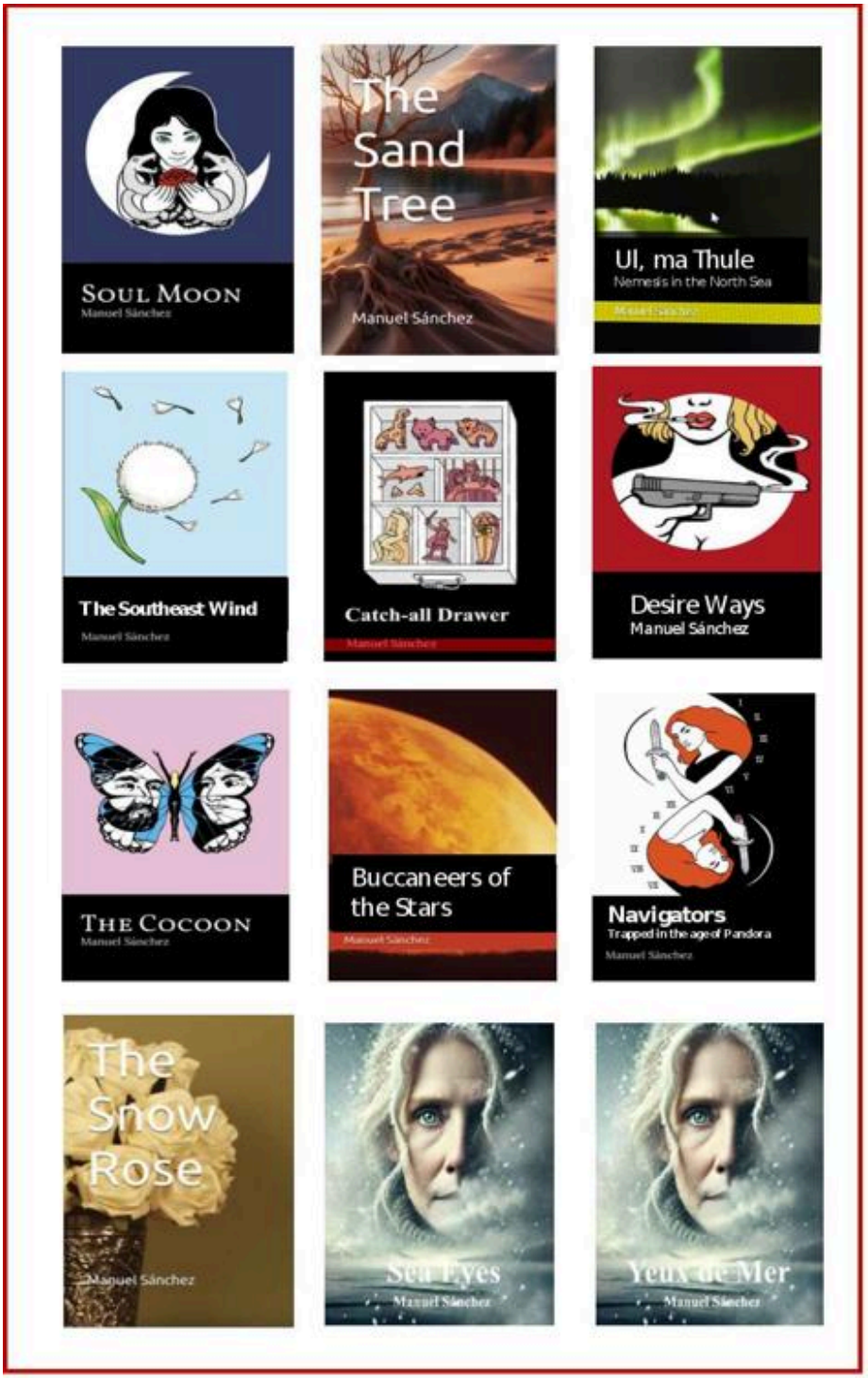

EL VIENTO
DEL SURESTE
Manuel Sánchez


La Rosa
de
Nieve
Manuel Sánchez


OJOS DE MAR
Manuel Sánchez

COLLECCIÓN
www.manuelsanchezescritor.com

Ediciones en Inglés y Francés


Soul Moon
Manuel Sánchez
The Sand Tree
Manuel Sánchez
Ul, ma Thule
Nemesis in the North Sea
The Southeast Wind
Manuel Sánchez
Catch-all Drawer
Manuel Sánchez
Desire Ways
Manuel Sánchez
The Cocoon
Manuel Sánchez
Buccaneers of the Stars
Manuel Sánchez
Navigators
Trapped in the age of Pandora
Manuel Sánchez
The Snow Rose
Manuel Sánchez
Sea Eyes
Manuel Sánchez
Yeux de Mer
Manuel Sánchez